
3 1761 09545308 0





LA PROCESIÓN DEL SANTO ENTIERRO

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

ANTONIO DE HOYOS
Y VINENT

LA PROCESIÓN DEL SANTO ENTIERRO

NOVELA



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

TODO... MENOS PRÓLOGO

Lo primero que se necesita para prologar un libro es tener más autoridad literaria que el autor del libro prologado... De aquí, querido Antonio, mis perplejidades y mis inquietudes... Te juro, con la mano puesta sobre el corazón, que jamás sentí tanto horror como ahora a coger la pluma ante las galeradas de tu emocionante, de tu cruel, pero humana, novela LA PROCESIÓN DEL SANTO ENTIERRO.

Nuestra amistad, Antonio, te da derecho a todo menos a juntar en libro tu prosa y la mía... ¡Son tan distintas!...

En este torbellino de literatura y literatos, ¿es posible que hayas olvidado que tú, por edad, triunfos y derecho, eres el maestro y yo el discípulo... Y si lo sabes, y estás tan seguro de ello como yo mismo, ¿por qué se te ha ocurrido la idea, un poco absurda, de que este infeliz *Caballero Audaz* te prologue un libro?...

Por si lo has olvidado, te recordaré que cuando yo no había puesto aún mi pluma pecadora sobre una inocente cuartilla,

tú eras ya el novelista mimado por tu público—un poco superficial y vicioso, y para mí despreciable.

Tu público de entonces—hace casi quince años—era la aristocracia... sólo la aristocracia... Las ediciones de tus primeras novelas, *Cuestión de ambiente* y *Mors in vita,* eran compradas por esas gentes que asisten a los tés del Ritz, tienen palacios y lacayos y no hablan más que de tonterías... Y tus libros, para ellas, era la nota de *buen tono*... como el perrillo faldero, de moda, o el abono a tal compañía extranjera.

¿Tú crees que te leían?...

Yo sinceramente pienso que no... ¡Nadie de la aristocracia lee!...

Tú eres un fenómeno entre ellos, una noble excepción.

Leer, según un duque ganadero amigo tuyo y mío, es perder el tiempo... Y leer, según una marquesita, descocada como una *demi-mondaine,* que me presentaste una noche, resulta plebeyo... Hay que saber las cosas de oído... sin haberse tomado el estúpido trabajo de leerlas...

Pues bien; este público que en España no lee, fué *tu público* durante algún tiempo, sin haber ho-

jeado siquiera una de tus novelas de entonces... No, Antonio; y no te rías de esta atrevida seguridad mía... Tus libros andaban rodando por los tocadores y *fumoires* aristocráticos... como un adorno de moda... como un aroma literario... Lo más que sus dueñas o dueños aprendían era el título... ¡Ah! Eso sí; el título, para después, en el té, o en la comida diplomática, o en la *juerga* del estudio, poder decir:

—¿Ha leído usted la última novela de Antoñito de Hoyos... Muy linda... a mí me encanta.

Seguro estoy, amigo Antonio, que tú sentías un profundo des-

precio por estas gentes que te halagaban sin *sentirte*... Creían que tú eras el novelista aristocrático, y que tu pluma tenía suaves caricias para tu gente, para la gente que te rodeaba... Y como no te leían, se daba el caso insólito de que siendo tu literatura el escaparate de sus vicios, de su estulticia y de su odioso vivir lleno de lacras, seguían mimándote y te llamaban *el novelista de la aristocracia*.

... En aquel período de tu vida, yo tenía poco más de quince años... y tu nombre me *sonaba* a cosa exótica, que vive en otro mundo muy distinto al nuestro...

No sé cómo una novela tuya cayó en mis manos... y la leí con ese loco frenesí que para leer novelas sentimentales tenemos a esa edad... Se trataba de *Mors in vita*... Y yo no recuerdo, Antonio amigo, de ningún otro libro que haya apasionado mi alma como la apasionó éste... Leyendo el capítulo del pobre tísico caí enfermo en los brazos de una amada mujercita... —¿Te acuerdas de esta mujercita que luego conociste?... Tenía fiebre, y al día siguiente un poco de tos, y por la tarde un vómito de sangre...

Durante los veinte días siguientes que estuve en cama no

se separó de mi imaginación el tísico romántico de tu novela... Aquí empezaste a ser mi maestro, mejor dicho, mi novelista... Al poco tiempo mi pobre hermano Manolo me presentó a ti... y fuimos amigos... Alguna noche nos acompañaste, a aquella mujercita de quince años y a mí, en nuestro miserable piso de la calle Mesonero Romanos... Mucho después comencé yo a estropear cuartillas... Y mi primer novela *La virgen desnuda* está nutrida con aquel período de mi juventud apasionada, soñadora, enfermiza y romántica... La juventud del suicida...

Tú, después de leer el libro, recuerdo que me dijiste en una carta: *Nunca pude figurarme que escribieses una novela tan interesante, tan realista, tan alocada y tan completa...*

Y tus palabras tuvieron para mis estímulos la misma bruja hechicería que tienen las de los maestros para sus discípulos...

Poco a poco tus libros pasaron de las manos pulidas de la aristocracia al corazón del pueblo... Este sí te leyó y releyó y se apasionó por ti, y hoy eres uno de los escritores más populares y más admirados de España... Pero no creas que tus libros los com-

pra la gente *bien,* no; los compra el pueblo, porque tú has conseguido cogerlo por el corazón... A la aristocracia no le interesó más que el título y la rica presentación de ellos...

Con todo esto, amigo Hoyos, quiero decirte tres cosas: Que yo no tengo autoridad literaria sobre ti para prologarte un libro. Que la aristocracia no lee... Y que en ti se ha dado el caso raro que, teniendo tu cuna en la aristocracia, te vengas a vivir con el pueblo... que trabaja..., que ama..., que lucha... y que te lee...

¿Para qué hablar de la novela que sigue a estas páginas?... A

mí me parece admirable... Creo que es un grito de dolor... En ella está todo el carnal misticismo de tu alma de asceta torturado...

Esta novela en literatura es lo que un cuadro del divino Romero de Torres en pintura... Seguramente el público, leyendo sus páginas, sentirá como yo un calofrío de horror y una necesidad de purificarse a tiempo, antes que los cuervos negros de los siete pecados capitales envenenen nuestra alma y destrocen nuestro cuerpo...

El Caballero Audaz.

I

Cuando Casiano volvió de Cuba no era más que un guiñapo humano. Juventud, alegría, salud, todo había quedado en los devastados campos de la Manigua. El rostro lívido con profundas oquedades de calavera; los ojos hundidos en amoratadas cuencas, brillantes por la fiebre; las orejas transparentes separadas del cráneo; la nariz afilada; los labios secos y resquebrajados y la cabeza angulosa y deforme, manchada de horrendas peladas, tenía en medio del muelle de Cádiz, donde

se detuviera aturdido por el tumulto, la apariencia de un trágico esqueleto vestido de rayadillo. Y en la tibia caricia de la tarde otoñal, tiritando de frío, a pesar del sol que brillaba casi veraniego y de la manta que llevaba sobre los hombros, castañeteándole los dientes por la calentura intermitente, recuerdo de la fiebre amarilla que le hiciera repatriarse, sin gloria, sin provecho y sin esperanza, había llorado ante la atroz glaciedad del recibimiento. Sin poderlo remediar comparábalo con aquella despedida habida dos años antes, cuando entre locos vitoreos que ahogaban las notas marciales de la marcha de *Cádiz* partiera, viendo agitarse en el aire los pañuelos de la madre y de la ama-

da, entre un bosque de banderas en que tremolaba el oro y la sangre de la noble enseña española.

El viaje de vuelta había sido atroz. Los veintidós días que duró la travesía en el trasatlántico, convertido en hospital de terribles males, fueron una pesadilla monstruosa y sanguinaria. Hacinados como fieras, refugiados en la bodega en informe montón de porquerías, tiritando unas veces, sudando otras, sucios, purulentos, ensangrentados, descomponiéndose en un cruel anticipo de la muerte, revolcábanse en su propia inmundicia, exhalaban un hedor insoportable, una fetidez de hienas, que triunfaba de la salobre fragancia de la brisa marina. Como si la crueldad de la Na-

turaleza no fuese bastante, sus lenguas revolvían la cloaca atroz de sus memorias, y eran unas veces pensamientos de odio, exasperado por el sufrimiento, de odio por la patria ingrata, por los jefes egoístas, por el enemigo traidor y solapado, a quien se sometía, cuando se lograba hacerle prisionero, a atroces suplicios con sádica alegría; y eran otras, recuerdos de lascivos placeres, retazos de una lujuria bárbara y repulsiva. Y por complemento, como si aún fuese poco, morían algunos todos los días. El barco, como un monstruo implacable, iba dejando una estela de cadáveres que devoraban los tiburones que le daban escolta.

Otra vez la imagen de los muelles

se ofrecía a sus ojos; otra vez el cuadro vistoso y pintoresco, con su multitud entusiasmada, sus damas católicas que ofrecían medallas y cigarrillos, y sus pomposas comisiones oficiales que iban a despedir a los soldados desfilaban ante él. Otra vez las charangas tocaban la marcha de *Cádiz* y sonaban los vítores, y ondeaban los gallardetes y banderas, y de nuevo veíase partir a la conquista de la gloria. Y de aquello que soñó epopeya y no fué sino obscuro drama, guardaba, como recuerdo, la fiebre que nada podía vencer, un principio de tisis y la sífilis que le roía calladamente.

Mientras el tren le llevaba hacia Pozaranco, el lugarón castellano donde vivían los suyos, veía Casia-

no, como al través de la fiebre, la feroz campaña. Ni siquiera una gran hecatombe; una serie de encrucijadas, en que se luchaba a machetazos, se asesinaba, se mutilaba, se ensañaban con los cadáveres...; razias feroces en que se quemaba, se talaba, se violaba y ante las cuales las mujeres, los viejos y los niños huían enloquecidos de pavura...; marchas y contramarchas bajo el sol calcinador o en la noche serena poblada de venenosas sabandijas...; hambre, sed y luego brutales hartazgos, borracheras de aguardiente, noches de lujuria... ¡Ah, la bestial, la inmunda, la asquerosa lujuria de las noches pasadas en los brazos de las negras, de pechos flácidos que exhalaban un tufo irresistible de

animales salvajes! ¡Ah, las horas de voluptuosidad inmunda a que se ponía remate asesinando y robando!

Como un animal calenturiento que se zambullese en un estanque buscando un poco de frescura, así Casiano se arrojaba en sus recuerdos para olvidar la atroz realidad. Con infinita melancolía evocaba el pueblo natal, como una Arcadia feliz, y revivía las dulces horas de su infancia pasadas en la casa de labor, sin riquezas, pero con un tibio y regalado bienestar. Volvía a ver a su padre, muerto un año antes de partir él para la guerra; volvía a verle, brusco y áspero, pero buenazo, fuerte, noble y abnegado; contemplaba en el secreto cinematógrafo a su madre, aquella andaluza

un poco plebeya, pero tan cariñosa, tan alegre, tan simpática, conservando en su apetitosa madurez de jamona los restos de su pimpante belleza sevillana; venía después la abuela, la viejecita pulcra, humilde, llena de una dulzura resignada, con en el gesto y la mirada ese no sé qué de comprensivo de los que ven acercarse la muerte sin inútiles rebeldías, con la paz llena de fe que infunde el haber cumplido una misión sobre la tierra; y venía por fin a María del Rosario, la novia bonita y buena, que era el ara cerrada de sus ensueños. ¡María del Rosario! Su belleza hiperbólica, sutil y llena de arcano tenía ese sello que imprime una misteriosa adivinación del dolor; su rostro era muy pálido, de

una palidez marfileña; sus labios delgados apenas estaban pintados de un leve matiz rosa, y en sus ojos negros, inmensos, dormía un trágico misterio de dolor bajo la sombra azulada de la cabellera negrísima. María del Rosario, con sus gestos rígidos, un poco automáticos y su mirada fija, vehemente, y al mismo tiempo lejana, era la encaminación de la *Castidad* o de la *Venganza*, una de esas simbólicas figuras de virgen fuerte que en la moderna iconografía son abstracciones de una idea. Algunas veces cubría su frente con un velo, y entonces parecía una inquietante evocación del misterio; otras, colocaba una flor roja en la masa endrina de la cabellera, y era trágica, con una violencia extraña.

Aquello eran las figuras; el fondo del cuadro tenía ora palideces de égloga, ora un encanto acre y sano de culto panida. Sobre todo en los meses otoñales, cuando se hace la colecta de la uva, la casa adquiría gran animación. Mientras en el lagar los *pisadores*, unos mozos semidesnudos como bárbaros faunos, hacían saltar en líquidos rubíes el noble mosto, por los caminos polvorientos, en los últimos rayos solares, llegaban los carros cargados de altas cubas, de que desbordaban los racimos de esmeraldas y amatistas; los jayanes, negros de sol y de polvo, requebraban a las mozas, que, como báquicas deidades, desmelenadas y coronadas de pámpanos, reían o cantaban. Su madre, dili-

gente, activa, hecha a tales labores y ayudada por María del Rosario, la huérfana recogida por caridad, dirigía la maniobra; la abuela iba y venía diligente, ocupándose del próximo yantar, mirando con ternura inmensa a que el cubierto del *niño* (el niño, pese a sus diecinueve años era él) estuviese bien, a que el pan fuese tierno y el vino fresco... Por fin, tras el último carro de vendimiadores, sobre el cielo tenuemente violeta ya, destacábase, como figura velazqueña, su padre, cabalgando a *Garboso* y seguido de *Leal* y *Capitán*, sus perros favoritos. Después era la comida, sobre los blancos manteles, en el regalo de conversar familiar, sana, abundante y castiza. Y por fin, bajo el cielo

espolvoreado de oro, el coloquio misterioso y tierno.

Porque Casiano no era un vulgar campesino, ni un bárbaro de pueblo, sino un señorito. Sus abuelos, obscuros hidalgos arruinados por la guerra de la Independencia, habíanse instalado en Pozaranco para llevar con dignidad su miseria. Y si bien su padre parecía definitivamente aclimatado allí, otra vez, saltando una generación, habían resurgido en él los caracteres distintos de la raza. Casiano era delicado y sentimental; fino, endeble, una sensibilidad enfermiza hacía de él un sér de impresionabilidad casi femenina. Sin fe, las pompas externas del culto le imponían sin embargo, y los versos y la música le hacían

llorar. Y junto a la malsana debilidad, vivía en él una sensualidad voluptuosa y cruel; una gota de sangre mora que había mezclado su madre, la andaluza, con la sangre de los recios castellanos.

Aquella sensibilidad exquisita era la que había sembrado alarmas en su espíritu, la que despertara a la inquietud primero, dándole, allá en los campos de Cuba, la voz de alerta, el aviso de algo anómalo, de una grotesca y tenebrosa catástrofe. Ella fué la que, a pesar de la distancia, le puso sobre aviso ante las cartas de su pueblo, cartas de su madre y cartas de María del Rosario.

Primero fueron misivas llenas de dulce ternura, de tristeza resignada, de esperanza... Y entrevesados con

los conceptos de cariño, noticias sobre la marcha de las faenas agrícolas, sobre las cosechas, historias de amigos, cándidos chismes pueblerinos, comentarios al tenor de acontecimientos insignificantes que en la soñolienta monotonía de la existencia del villorrio adquirían proporciones desmesuradas. Pero de pronto, aquellas cartas recibidas siempre con regularidad, hiciéronse intermitentes, abundando o escaseando por rachas, y al mismo tiempo, tornáronse incongruentes, inconexas, absurdas, deslabazadas, reflejando súbitas transiciones de alegría loca y de negra pena. Eran unas cartas incoherentes, en que las dos mujeres parecían unas veces en los linderos de la miseria, otras en

una apoteosis de abundancia. El cariño sereno y reposado de antes, transformábase en una ternura apasionada, llena de transportes. Llamabánle «*soldadito bonito, charrán de mis entretelas, chulo gitano, morenillo salao*» y otras lindezas por el estilo. Y los epítetos, de una ternura lasciva de burdel, chocábanle como algo extemporáneo. Al mismo tiempo, el pueblo, el cultivo, las gentes y hasta la abuela, habían desaparecido de las cartas, que llegaban aún impregnadas en un sospechoso olor a patchulí. Como si aquellas gentes que les rodeaban perteneciesen a un mundo lejano, las dos mujeres olvidábanle, y sólo de tarde en tarde un insulto soez o un epíteto tabernario, o un chiste

grosero lleno de rabioso desdén, les evocaban. Además, sus preocupaciones parecían otras: eran raras preguntas, proyectos confusos, esa misteriosa inquietud que nace en una catástrofe pasional o material y lleva a misteriosos éxodos. Y el aroma de burdel, el aroma material y moral de gerânios y de ajos, de patchulí y de cebolla, parecía exhalarse de los papeles de colorines, sucios y arrugados.

Con inmenso anhelo, mezclado de vaga inquietud, acercábase a su pueblo. Deseaba ardientemente abrazar a la madre y a la novia, y al querer evocar sus imágenes no acertaba a verlas, y en la confusa cueva de su memoria sólo adivinaba el rostro jovial de la andaluza, coro-

nado de negros cabellos, floridos de claveles, y los ojos trágicos y la cabellera azulada, manchada por una dalia roja, de María del Rosario. Su instinto de animal enfermo que busca el cubil, hacíale desear llegar, y un confuso presentimiento hacíaselo temer.

El tren se aproximaba al pueblo. Casiano reconocía los campos, los viñedos, los boscajes; pero, o en sus ojos o en el paisaje, había algo cambiado. Era el mismo cuadro, y, sin embargo, aquél no era el pomposo y alegre paisaje de vendimia que dejara al irse. Como si una sombra inmensa, algo trágico, inexplicable, y que sin embargo *se sentía,* pesase sobre todas las cosas, había un horror de cataclismo geológico en

cuanto abarcaba la vista. No eran ya los faunos y bacantes desfilando entre las pomposas vides, era una desolación infinita en cuanto abarcaba la vista, una avidez sin límites, una hostilidad bravía de tierra maldita. Detrás del tren, a la derecha, quedaba el río, sucio y violento, corriendo junto a una cordillera abrupta y rocosa que cerraba el horizonte como una muralla infranqueable. Bajo un sol canicular, que a pesar de finar Septiembre brillaba inexorable en el cielo añil, las vides se retorcían incendiadas de rojo; campos yermos, ocres o grises, tendíanse en muda desolación; por una carretera polvorienta avanzaban algunos trabajadores de aspecto trágico, flacos, negros, andrajosos; unas mujeres

sucias, tristes, desgreñadas, les seguían con paso cansino, las barbillas hundidas en el pecho, como si se obstinasen en mirar al suelo, y los olivos miserables y polvorientos daban al conjunto una bíblica desolación de tierra de Judea. A la izquierda, frente al tren que acercábase rápidamente a él, el pueblo alzábase sobre una loma estéril y baldía. En lo más alto el convento del Santo Cristo de la Agonía, enorme, pintado de blanco, con sinnúmero de ventanas uniformes, tenía un aspecto hostil de cárcel u hospital. En torno al caserón religioso, agrupábanse misérrimas las casuchas del pueblo, pequeñas, sucias, con sus tejados ruinosos, agobiados por el sol.

El convoy entró en agujas y Ca-

siano miró ansiosamente. Nadie. Ni su madre, ni María del Rosario, ni la abuela, ni un criado...

La estación era un cobertizo con un solo muro enyesado, cubierto de letreros y dibujos indecentes, y en el que ponían las hórridas notas de sus colorines un cartel de toros y algunos anuncios de vinos y purgantes. A un lado, dos mozos blasfemaban, escupiendo groserías y empujando un carromato cargado de barriles y pellejos; al otro, unas mujerucas sarmentosas, vestidas de luto, se santiguaron al verle y luego comenzaron a cuchichear. Apoyado en un montón de botas de aceite, el jefe leía un periódico lleno de grabados, de crímenes y batallas. *¡Tirulaque!* El repatriado, reconocién-

dole, se aproximó a él, y ocultando con fingida jovialidad su angustia, saludó:

—¡Hola! ¿Es que ya no se conoce a la gente?

El jefe acabó premiosamente de leer el epígrafe de un grabado, y luego, mascando la colilla, y sin entusiasmo ninguno, devolvió el saludo:

—¡Hola! ¡Eres tú!

Casiano interrogó:

—¿Y madre?

El otro pareció vagamente cohibido. Al fin murmuró:

—¡Spch! ¡Por ahí!—. Y púsose a leer otra vez como si no tuviera ganas de conversación.

Pero el recién llegado interrogó aún:

—¿Cómo no habrán venido?

Tirulaque encogióse de hombros.

—¡Spch! ¡como ahora se acuestan tarde!—y le volvió la espalda.

Casiano sintió una angustia atroz. ¿Qué sucedía? ¿Qué misterio ocultaban las enigmáticas palabras de aquel hombre? ¿Qué había sucedido durante su ausencia? No se atrevió a preguntar más.

Tiritaba de frío y apenas si podía sostenerse en pie. Parecíale que todas las casas movíanse en torno a él y el aire poblábase de infinidad de puntitos luminosos.

Las viejas continuaban mirándole y hablando en voz baja con grandes aspavientos, entrevesados de frecuentes signos de cruz, como si del mismísimo diablo se tratase.

El enfermo hizo un esfuerzo y abandonó la estación. Bajo el sol de fuego, el camino que llevaba al pueblo era un río de polvo, flanqueado de dos arroyos de lodo e inmundicia. Huertos miserables alternaban con casuchas ruinosas. A un lado alzábase el frontón; junto a él las salas de baile público que los domingos llenaban los artesanos y artesanas en brutales ansias de estrujarse, comenzando idilios que luego acababan a la luz de la luna en pleno campo. Tirado en el polvo de la carretera, apoyado en un muro semiderruído, un mendigo viejo mostraba una pierna comida de úlceras y costras en que se posaban las moscas; más allá, una vieja ciega, arrodillada, rezaba a gritos a Santa Lu-

cía bendita; una mujer harapos a limpiaba de piojos a un chiquillo.

La sensación de espanto de las noches de incendio y de pillaje de los hospitales de sangre y del barco convertido en flotante Purgatorio, comenzó a oprimirle con infinita angustia. Deseó ardientemente verse en la paz del hogar, entre los suyos, y echó a correr. Pronto hubo de detenerse; se ahogaba. Jadeante, un sudor helado perlaba su frente, y las piernas le temblaban. Prosiguió su camino arrastrando los pies y vacilando a cada paso. Al fin divisó su casa; esta vez, la impresión de la catástrofe, de algo tremendo y definitivo, fué clara, neta, inconfundible.

Agobiada por el implacable sol del medio día, la Plaza Real dormía en

una modorra parecida a la muerte. Un silencio de mundo acabado pesaba sobre ella, dando la escalofriante impresión de una ciudad maldita, abandonada por sus habitantes al día siguiente de espantosa hecatombe. A un lado el parador de la Cándida; al otro las casas de don Juan Manuel; al frente el Casino Republicano, y, por fin, entre la calle de la Agonía y la carretera de Madrid, su casa de él. La plaza hallábase empedrada de puntiagudos guijarros, que formaban minúsculas montañas y hondos barrancos; en el centro una fuente, depués de llenar hondo pilón en que abrevaban las bestias, derramábase, formando con el lodo y las inmundicias arroyos y charcos, negros, sucios, putrefactos, que

exhalaban un hedor insoportable.

Su casa había perdido la febril alegría que imprimieran antaño las activas labores del campo, y ofrecía por aquella parte un aspecto de ruina y abandono que oprimía. Los cortejos báquicos, los ruidosos corros de mozas y jayanes, habían emigrado, y un silencio agorero pesaba sobre ella. Era una casona grande, con dos entradas, una a la calle de la Agonía y otra a la Plaza Real. Esta última tenía un huertecillo en que en tiempos de su padre cultivábase las frutas y hortalizas necesarias para el consumo de la casa. Ahora la fachada aparecía medio ruinosa, llena de grietas, desconchaduras y chafarrinones de humedad. Las ventanas despintadas,

sin crístales, estaban cerradas; los árboles del huerto secos, abandonados, servían de percha a multitud de extrañas prendas femeniles; medias polícromas, enaguas cargadas de volantes, pantalones con raros adornos de encajes, pendían de las cuerdas puestas a secar al sol. La fuentecilla que presidía el jardín hallábase llena de agua jabonosa y sucia.

Casiano abrió la puerta de la empalizada y entró. Ante el portón, una vieja sentada al sol en una silla baja, comía. Costóle trabajo reconocerla. ¡La abuela! Ya no era la dulce anciana de vivos ojos y cabellos de nieve, limpia, sana y alegre, que, como una humilde providencia, caminaba a cortos pasos de un

lado para otro, cuidándolo todo, suavizando asperezas, evitando molestias, procurando bienestar, *acolchonando* la vida, para que los mil pequeños choques exteriores no llegasen hasta los seres amados, sino una figura de aquelarre, una vieja inmunda, un a modo de Parca o Harpía, que causaba repulsión. Más que sentada, doblada, acurrucada, encogida sobre sí misma, como una bestia enferma, esquelética, cubierta de andrajos; de la hediondez del cuerpo informe surgía un rostro de pergamino, cubierto de arrugas, en que relucían dos ojos negros, muy abiertos en la repulsiva descarnación de los párpados sanguinolentos. Una nariz ganchuda, semejante al corvo pico de un ave de rapiña,

buscaba por encima de la boca desdentada la barbilla puntiaguda y algunos cabellos, formando sucios mechones, la caían por el cráneo amarillento. Con sus manos huesudas, que formaban como un haz de sarmientos, llevábase a la boca grasientas fritangas que tenía en un periódico sobre las rodillas.

Casiano corrió a ella:

—¡Abuela!

Como si no oyese, siguió devorando ansiosamente.

—¡Abuela, abuela!—repitió él con anhelosa angustia.

Ella seguía comiendo con una ansiedad canina, repulsiva de animal hambriento.

Entonces Casiano tocóla en un hombro. Al contacto, la desgracia-

da, abriendo hacia él los ojos de alimaña asustada, clavóle una mirada rencorosa, mientras con los ganchudos dedos de rapiña hacía ademán de defender su comida. Por la comisura de los labios, dos hilos de baba y grasa caíanle sobre el pecho.

Aterrado, el muchacho precipitóse dentro de la casa. En la lóbrega humedad del zaguán, de enjalbegados muros y suelo de tierra, que olía a lagar y a bodega, sintió un frío de tumba, y presa de atroces presentimientos, metióse casa adentro. La sala baja era la misma, y, sin embargo, era diferente. Reconoció la panzuda cómoda, con su Cristo, su Virgen del Carmen y su San Antonio, bajo fanal; la sillería de reps rojo, con redondeles de encaje de gancho;

el brasero de cobre sobre claveteada tarima; las rinconeras; los paisajes arbiliarios... Y, sin embargo, todo estaba cambiado. Era algo vago, inexplicable, una pestilencia de mancebía hecha de perfumes malos y de cuerpos sucios; era un desorden de gentes que viven sin raíces y sin esperanzas en una ficticia fiebre de momento; eran trajes tirados en polícromo desorden: cajas de polvos, botes de afeites, frascos de adobos abandonados, sin orden ni concierto, entre cosas de comer; ceniceros llenos de puntas de cigarro y libros y revistas de obscena chabacanería. Y todo ello presidido por una suciedad repulsiva, que cubría de polvo todas las cosas y manchaba el suelo de escupitajos y colillas.

Casiano vaciló. ¡No podía más! Sus fuerzas le abandonaban e iba a caer. Angustiado, llamó:

—¡Madre! ¡Madre! ¡María del Rosario!

La puerta abrióse violentamente, y en vez de las dulces sombras evocadas, surgieron ante él dos siluetas trágicogrotescas, dos hembras de pecado y de abominación.

Baja, fofa, desbaratada; las carnes libres aún del corsé, flojas y gelatinosas; la cara cansada, bajo los restos de la pintura que conservaba de la noche antes; el pelo, despeinado, enredado de flores, la andaluza sonreía. Tras ella, María del Rosario, la sangrienta mancha de un geranio en el azul misterio de los cabellos, se había

apoyado, hostil y taciturna, en la cómoda.

Casiano avanzó hacia ellas. Un rayo de sol, venciendo la semipenumbra del cuarto, envolvió su trágica figura de aparecido.

Las dos mujeres retrocedieron un paso, lanzando un grito. La madre murmuró:

—¡Josús! ¡Josús!

María del Rosario, muy pálida, cerró los ojos.

II

Torero, torero, torero.
¡Aúpa!
¡Que te quiero, torero!
¡Aúpa!
¡Y me muero, me muero, me muero,
Si el torito te arrea una corná!
....

—¡Hija, qué *pasmá* eres! ¡Pero mueve esa tripa, mujer, y pon un aquel de picardía en las cosas, que parece mismamente que estás cantando el gori gori!

La *Chipirona* berreaba con voz cavernosa, mientras se marcaba perezosamente unos pasos de baile al

rasguear de la guitarra que tañía don Nicanor. La Dolores, acodada a un velador, la exuberancia bovina de los senos desbordada sobre el mármol de limpieza, menos que dudosa, muy repeinada y enjalbegada, un cigarrillo apagado en la comisura de los labios, presenciaba el ensayo y corregía de vez en cuando, con autoridad, entrevesando sus palabras con sorbitos de anisete.

La *Chipirona* comenzó otra copla con el mismo acento lúgubre con que pudiera plañir la muerte de toda su familia:

Sangre vertió Jesucristo,
y sangre vertió el *Espartero*.
¡Sangrecita de mi chulo,
por ti enterita me muero!

Caía la tarde. A pesar de que fuera un sol otoñal, tibio y dorado, envolvía en una caricia de luz todas las cosas, en el café reinaba una semipenumbra temerosa. En otros tiempos, antes de la partida de Casiano para Cuba, fué el local almacén donde se guardaban granos y herramientas. Daba a la calle de la Agonía, recibía luz por una puerta vidriera, y era húmedo y frío. La Dolores, al lanzarse a los azares de aquel negocio, había querido hacer de él un café de cante, *como los mejores*, *como los de Madrid,* y no había reparado en medios. Un papel verde, cubierto de floripondios, a que la humedad se había encargado de dar un hermoso color de materia, cubría los muros. Grandes espejos

apaisados, de una clara transparencia de agua, agravada por la temerosa penumbra, formaban encerrados en marcos pintados de negro el mejor adorno. Sobre sus lunas inscribían los nombres de las artistas (siempre los mismos), acompañados de laudatorios epítetos, como la Dolores había visto hacer en la capital. Policromas cadenetas de papel, enriquecidas con esplendorosas flores de talco, ponían gayas notas en el recinto; rojo diván de terciopelo rodeábalo, siguiendo la línea del muro: ante el asiento, mesas de tablero de mármol cubiertas de chocarrerías e indecencias literarias y pictóricas; al fondo, como una tribuna, el mostrador remontado de altos anaqueles

cargados de frascos de raras formas conteniendo exóticos brebajes; y por fin, ante un espejo mayor que los otros, el tablado. Sobre él, don Nicanor y la *Chipirona* ensayaban.

La *Chipirona* era una mujer grandota, alta y gorda. En tiempos remotos debió lucir una cierta arrogancia, pero ya no quedaba sino una pura ruina. Soñolienta, desgreñada, el rostro de luna llena ofrecía el conjunto más completo de devastación que un caricaturista cruel pudiera soñar. Triple papada, bolsas bajo los párpados y en las mejillas, color malsano y ojos cansados. Vestía una bata mugrienta y remendada que arrastraba su larga cola llena de grasa y porquería, mientras ella iba y venía cadencio-

samente. Para librarse del frío habíase atado al busto una toquilla blanca, rota, pringosa, deshilachada, y bajo el áspero encaje, sus pechos temblequeaban. Bailaba muy despacio con ademanes de aburrimiento.

De vez en cuando la voz de Dolores animaba:

—¡Mujer, no seas *esaboría* que *paece* que te estás durmiendo!

Entonces la bailaora daba unas zapatetas; pero pronto volvía al paso cansino de bestia que da vueltas a la noria.

En una silla, junto al espejo, un gnomo monstruoso, casi trágico de puro burlesco, tañía la guitarra. Corcovado, bizco, el pelo ralo peinado en chulescos tufos, los pies grandes,

anchísimos, de palmípedo, y el color terroso, don Nicanor era algo repulsivo, casi alucinante. Todavía cuando callaba o permanecía serio, menos mal; pero si reía, su boca enorme, de gruesos labios amoratados, abríase de oreja a oreja, mostrando la dentadura verdosa, manchada por la burla de una mella. Y no era esto sólo; en sus pupilas extraviadas había una estupidez inteligente, una malicia de idiota, una a manera de adivinación instintiva; peor que todas las perspicacias posibles. Era malo, solapado y cruel, acostumbrado a ser siempre la víctima, en su alma de fenómeno, alumbrada por no sé qué misteriosas claridades, vivía un odio sordo, misterioso, taimado.

Mientras ellos ensayaban, la *Corcita* y la *Petronea* ponían orden (es un decir) en el establecimiento, repasando los desperfectos ocasionados la noche antes por la brutalidad de señoritos chulos y gayanes ebrios.

La *Corcita* había sido muy bonita en sus tiempos, antes del drama feroz que tronchó su vida. Muy blanca, con pelo abundantísimo, de obscura caoba y ojos garzos, húmedos y aterciopelados, tenía una gracia tímida, una elegancia de movimientos llena de castidad, un recato ingenuo que la hacía adoptar gestos pudorosos de ninfa sorprendida en el baño y que le valieron su apodo de la *Corcita*. Apodo ciertamente exactísimo, pues tenía, de la dulce

bestezuela, la gracia sobresaltada, la ligereza, la curiosidad y esa dulce humedad en las pupilas que hace la mirada fija casi humana. Muy solicitada de toda la gente de bulla, un día, cierta juerga campestre llevóla en compañía de otras prójimas y buen golpe de señoritos, al cazadero de Jorge Carranza, «Los Zarzales», próximo a Pozoranco. El día había transcurrido en una alegría loca, entre juegos de amor y libaciones harto frecuentes, de modo que al llegar la noche todos aquellos señores estaban borrachos perdidos. Siguió la juerga, sin embargo. La *Corcita* bailaba desnuda, encima de una mesa; la marfileña escultura de su cuerpo tenía súbitas sorpresas de una delicadeza infinita.

Todos aplaudían; Carranza, con la patosa pesadez de los borrachos, no hacía más que repetir: «¡Pero, fijaros, una corza, enteramente una corza!» Perico Fuenlabrada, no menos borracho que él, acabó por mandarle a paseo: «¡Pues, cázala!» Jorge pareció reconcentrar su pensamiento en una concepción laborïosa; de súbito sus ojos relampaguearon: «¡Eso es! ¡A cazarla!» Enloquecidos por el vino, todos los borrachos aplaudieron. «¡Bravo! ¡bravo! ¡A cazarla!» La víctima no sabía lo que aquellos energúmenos querían; cuando se dió cuenta la habían alzado en brazos y la llevaban hacia la puerta. Entonces, rabiosa, desesperada, presintiendo no sé qué horrores, comenzó a resistir y a de-

fenderse con las uñas, con los dientes, con los pies. Agarrábase a los cortinajes, que se desgarraban; a los muebles, que se venían abajo con gran estrépito de porcelanas rotas; a los cuadros, que caían sobre las cabezas de los bárbaros sin hacer mella; con el puño cerrado golpeaba sus rostros, pataleaba, trataba de morderles... Todo inútil; entre gritos, risotadas, groserías y blasfemias habían llegado abajo, y abriendo el portón la arrojaron fuera, como si fuese un pelele, Levantóse molida por el golpe, tiritando de frío. Los sayones habíanse metido dentro, cerrando la puerta tras de sí, y la *Corcita* encontrábase desnuda en medio del campo. ¡Bah! ¡Menos mal que había conseguido

salir tan bien librada de sus manos! ¡Cosas peores eran de temer! De pronto sus cabellos se erizaron de horror; a lo lejos acababa de sonar un ladrido rabioso, y luego otro, y otro. ¡La jauría! La desdichada lo comprendió todo; ¡iban a cazarla! Enloquecida de miedo echó a correr y comenzó el drama. Los perros, azuzados, galopaban tras ella como feroces monstruos; la *Corcita* corría, corría anhelante, desesperada, ciega; tropezaba en los árboles, caía, se levantaba, sus carnes blancas marcábanse con el livor de azulados cardenales o desgarrábanse en las espinas de los zarzales; la sangre manchaba la albura alabastrina de su cuerpo: sus cabellos enredábanse en las ramas y quedaban

allí en doradas telas de araña; la sangre y el sudor la corrían por el rostro, la cegaban. En el cielo azul brillaba serena la luna, y en la plateada claridad que vertía sobre la tierra veíase pasar, en tragedia de alucinación, la nieve del cuerpo femenino que corría, apareciendo y desapareciendo en el claro obscuro de arboles y arbusta como en infernal jardín de Hécate, perseguido por doce monstruos, ligeros como flechas. Al fin no pudo más; dió aún algunos pasos vacilantes; debatióse un momento con gestos incoherentes de horror supremo; lanzó un grito y desplomóse por tierra. Los canes se arrojaron sobre ella, como sobre un banquete de carne tierna, y claváronla sus dientes. En aquel

momento, los guardas, despiertos por el estrépito, acudieron y espantaron los perros a tiros y latigazos. Meses tardó en curar, y ya repuesta, pero marcada por los dientes de los perros e inútil para los esplendores de la vida cortesana, quedóse a vivir en el pueblo, donde su misma tragedia le hacía un bárbaro cartel.

La *Petronea* era otra ruina. Cupletista de ínfima calidad, sus pretensiones de elegancia, pretensiones que nada justificaba, pues baja, gorda, rechoncha, negra, con un lunar de pelo en una mejilla, más que mujer era un puchero con traje de tonelete, valiéronla que un cenáculo de escritores bautizáranla con aquel mote que evocaba el arbitrio de la elegancia romana. Había ido a

parar al pueblo, porque su falta de voz y su sobra de vicio, en vez de llevarla a las cumbres de la gloria, conducíanla en derechura al hospital, y aquel era un apeadero en el camino. Tenía el pelo teñido de negro y le faltaban los colmillos.

Ahora las dos mujeres arreglaban aquéllo con una dejadez y un aburrimiento que se transparentaban en sus menores gestos. Puercas, despeinadas, las caras llenas de chafarrinones, sus movimientos eran pesados, soñolientos. Perezosas, embrutecidas por las bebidas alcohólicas, las noches de crápula y los días de sueño vivían en perpetua modorra, y cuando no gritaban, bailaban o se querellaban, no hacían sino estirarse o bostezar.

La *Corcita* tarareaba un tango sanguinario y lascivo, en voz monótona, mientras se movía de un lado para otro con una lentitud que daba la fatigosa sensación de que cada paso costábale un esfuerzo enorme; la *Petronea*, más chabacana y agresiva, deseosa de descargar el mal humor, hacía insinuaciones groseras, o decía con voz atiplada y ese dejo atrozmente afeminado que toma a veces la gente callejera para sus burlas y donaires de una chabacanería prostibularia, groserías de que era víctima el *Bonito,* un bailaor de gustos inconfesables y hechuras de odalisca, que se rizaba en aquel momento la onda que le caía sobre la frente, aprovechando un trozo de espejo.

En un rincón María del Rosario; los codos en el mármol de la mesa, la cara apoyada en las palmas de la mano, permanecía muda, perdida en un secreto ensueño. No se veía en la semipenumbra sino la sombría masa de la cabellera, ensangrentada por un clavel, y los ojos fabulosos, tristes y trágicos, lujuriosos y vengadores, unos ojos de Dolorosa caída en el fango, ojos de mujer que se da y mata, que ama hasta el odio y odia hasta la muerte, y que, mancillada, rendida, escarnecida, siente la nostalgia de algo irremediable, marcada por un sello de tristeza fatal.

Frente a ella, lívido, la gorra encasquetada y el cuerpo envuelto en una capa vieja, Casiano permanecía

semidoblado sobre una mesa en que se enfriaba la taza de café, con el gesto roto, desarticulado, de un muñeco de cera que hubieran colocado allí.

Era el primer día en que abandonaba el lecho desde que arribara a Pozaranco.

Al volver al pueblo, enfermo, triste y desilusionado, encontró a su madre amancebada con el *Golondrino,* un chulo viejo, tahur, tratante en mujeres y agente electorero; a María del Rosario, transformada en equívoca camarera de cafetín; y, por último, la casa paterna, antes prototipo de nobleza y honorabilidad, convertida en un establecimiento donde toda liviandad tenía su asiento y todo escándalo su ha-

bitación, y al pasar ante el cual (cuando no había otro remedio, pues que buenos rodeos daban para evitarlo) las personas honestas hacían la señal de la cruz, como ante un antro infernal.

El pueblo entero había sufrido una absoluta transformación. Sus fuentes de ingresos seguían siendo las mismas: los vinos, los aceites y los cereales; pero más que del labradío vivían del tráfico. Comerciaban, compraban las mayores cantidades posible, hacían que todo se encareciese en la comarca, y luego vendían. Los campos casi abandonados o abandonados del todo, sufriendo, además, el azote del cielo en forma de atroces sequías, espantosos pedriscos, heladas y plagas de filoxera

y de langosta, agonizaban polvorientos y estériles. Los braceros morían de hambre; hordas de viejos y niños corrían el pueblo implorando la caridad; los hombres jóvenes robaban los huertos y corrales y la Guardia civil les recibía a tiros; los maridos pegaban a sus mujeres y éstas maltrataban a los chiquillos, que, semidesnudos, sucios, harapientos, cubiertos de costras y comidos de miseria, en vez de ir a la escuela, se apedreaban en las calles convertidas en lodazales. Pero el pueblo prosperaba: había un Casino republicano, una Administración de Loterías, dos cafés con billar y, además, aquel café, de cante, *como los mejores de Madrid*, que era la gloria y la vergüenza de Pozaranco.

En el Casino se jugaba a los prohibidos; todos los días había riñas, broncas, alborotos; en año y medio de existencia, podía apuntarse en su haber un suicidio y un homicidio que hizo famoso al distrito, llevando a la capital a declarar, ante el Jurado, a lo más granadito del pueblo. En los billares los hombres pasaban el dia discutiendo de toros y política, armando porfías que acababan a botellazos. Y, en fin, el café de la Lola, era el Edén de los prometidos.

Sus juergas eran famosas en unas cuantas leguas a la redonda. No había gañán, carretero, vinatero o tratante en trigos, a quien sus negocios llevasen al pueblo, que no pagase a la belleza, encarnada en aquellas señoras, el tributo de un puñado de

cuartos. Hasta los segadores venidos de Galicia, y los pisadores brutales y groseros como salvajes faunos, gentes todas que en el tiempo que duraban sus faenas dormían vestidos y comían unas patatas guisadas con agua y sal para llevar más ahorrado para su casa, caían por allí antes de partir y dejábanse entre las manos de las problemáticas beldades algunas de aquellas monedas relucientes y sonoras, ganadas con tanto trabajo.

El café flamenco era, vuelvo a decirlo, la gloria y el ludibrio del pueblo. Mientras que las personas pudibundas no podían oirlo nombrar sin grandes aspavientos, procuraban no pasar por su puerta y hasta quisieron cambiar el iti-

nerario para evitar que la procesión del Viernes Santo desfilase por la calle de la Agonía, donde el antro se asentaba, constituyendo una perpetua vergüenza para la moral y buena fama de Pozaranco, la gente del bronce citábanlo como argumento en pro de la civilización y cultura a que habían llegado por allí. Porque desde aquel proceso por homicidio, visto en la Audiencia de Madrid, y del que, gracias a no sé qué misteriosas influencias caciquiles, salieron absueltos, con toda clase de pronunciamientas favorables, el *Golondrino*, don Emilio y Sebastián, el *Gaitas*, el vecindario hallábase dividido en dos bandos. De un lado, la gente timorata, retrógrada, fanática, oscurantista y arrimada

a la cola, que, presidida por la condesa de San Cleofás, organizaba procesiones, triduos y novenas, sacaba los santos en rogativa cuando no llovía o llovía demasiado y lo esperaba todo del cielo; de la otra parte, los impíos y perdularios, que mangoneaban las elecciones, reuníanse en *mítins* anticlericales, celebraban banquetes de carne los viernes de cuaresma, y, viviendo de los naipes y la política, confiaban tan sólo en sus navajas... y en la influencia del cacique máximo.

Fuera de la vida *oficial*, como si dijéramos en casa de la Lola, reinaba un desorden espantoso. El desbarajuste y la suciedad habíanse entronizado allí, convirtiendo la antes cálida morada en casa del tó-

came Roque. Pared que se agrietaba, agrietada se quedaba; cuadro que se caía, del suelo no pasaba ya, y en cuanto a cortinajes y portieres, más que tales, eran, a fuerza de rasgaduras, a modo de guiñapos colgados ante puertas y ventanas. Las arañas tejían sus leves telas en los rincones, las cucarachas paseaban tranquilamente por los tecleantes baldosines y las chinches anidaban en los lechos. El polvo, como dueño y señor, cubríalo todo con espeso manto; un olor a humanidad y perfumería de pacotilla, confundidos con otros no muy gratos perfumes que venían del lagar, la corraliza y la calle, viciaba la atmósfera; y por todas partes trajes de baile desgarrados, viejos, des-

teñidos, manchados de vino y de sudor; prendas de ropa interior sucias, que se pasaban semanas y semanas esperando el agua purificadora; frascos de esencias, cajas, afeites y postizos de pelo, tirados junto a platos con restos de comida y cigarros apagados.

De aquel desorden participaban las personas, o mejor dicho, el tal no era sino espejo de ella. La abuela, convertida en un monstruo hediondo, con una voracidad de animal insaciable, devoraba a todas horas inmundas piltrafas; Lola, perdida toda noción de dignidad, frívola y lasciva, no vivía más que para su chulo y para una vanidad idiota que estribaba en chafar a sus antiguas amigas con un lujo de re-

lumbrón, y en vomitar su despecho, el amargo despecho inspirado por desaires y crítica, en puñados de barro que les arrojaba al rostro; María del Rosario, concentrada y sombría, parecía abrasarse en un incendio interior, que no se sabía si era de odio, de fe o de lujuria; y en cuanto a las demás, eran unos animales estúpidos, sucios, perezosos, glotones y lascivos.

Como en lo moral y lo familiar, en lo pecuniario triunfaba el mismo caos; de la abundancia loca saltaban a la miseria negra, para de improviso, de la noche a la mañana, volver a la opulencia. La mayoría de las veces no había un cuarto en la casa; el *Golondrino* encargábase de, tras propinar a su coima una felpa

monumental, limpiar cajones y bolsillos entre sordas amenazas, imprecaciones y blasfemias; otras veces era la misma andaluza la que se dejaba el dinero en manos de cualquier quincallero de paso que la deslumbraba con algunas chucherías de bazar. En cambio, había ocasiones en que la fortuna sonreía al tahur en el juego, o caían algunos *primos* que se dejaban desplumar en los festejos a puerta cerrada. Entonces el dinero corría a ríos y eran juergas inacabables que duraban horas y aun días y noches enteras, en que se bailaba, se cantaba, se reía y se bebía hasta caer todos en un sopor de animales hartos. Como es regla en la gente aventurera, el chulo y su barragana, eran genero-

sos, espléndidos, manirrotos, querían dinero, pero lo querían para tirarlo, para gozar de todos los placeres.

Casiano, convertido por un destino irónico en espectador, asistía al drama grotesco. Todas las ideas de nobleza y de orgullo sembrados antaño en su espíritu sublevábanse; sentía que debía tomar venganza o, por lo menos, irse; que aquel pan amasado con lodo era la degradación y el envilecimiento... ¡y no tenía valor! Con cobardía de bestia enferma, pensaba con terror en el hambre, el frío y la miseria. No, no; mejor era morir allí que arrastrarse por los caminos como un can enfermo. Sorda irritación alzábase en su espíritu; un odio solapado, silencio-

so, hipócrita, que le hacía soñar con las espantosas carnicerías de Cuba, con cadáveres despedazados y chorrear de sangre tibia, alentaba en su corazón. Ahora mismo los jipíos de la *Chipirona* le estaban crispando los nervios. Al fin, no pudo más, y ásperamente, con ironía rabiosa, encaróse con ella:

—¡Qué gracia tienes; pero qué gracia tan grande! ¡Más valía que te callases, que cantas como un cerrojo y me estás excitando los nervios!

La aludida se detuvo. Miróle de hito en hito despectiva y echóse a reir.

—¡Ay, *mare* mía! ¡Don Miseria que *s'a descomponío!* ¡A ver: que anden de puntillas, que el señor *tie*

los nervios *delicaos!* ¡*Pos* nos ha *fastidiao* el tío posma este!...

Irritado, conminó:

—¡Cállate!

—No me da la gana, ¿estás tú? ¡*Pos* está bonito! ¿Y quién eres tú, se *pue* saber, *pa* mandar a *naide?*

—Lo que voy a hacer es romperte...

—Aquí no va usted a romper nada; ¿estamos, niño? ¡Lo que va usted a hacer es a callarse, a meterse la pajolera lengua en... el bolsillo! Aquí no quiero burlas ni que nadie le falte a las señoras...

Era el *Golondrino.* Alto, fornido, gordo, el cuello de toro envuelto en un pañuelo de seda verde; la gorra encasquetada, dejando escapar los tufos flamencos, tenía el aspecto de

uno de esos matones de chirlata, que viven de la ventaja y del *chantage*. Tenía el bigote grande y espeso, teñido de negro, al igual del pelo, la cara manchada de humor herpético; y, recién levantado del lecho, vestía un traje viejo, camisa de franela y zapatillas, mientras en uno de sus dedos fulguraba un enorme brillante. Su vozarrón llenaba el minúsculo local con fragores de trueno.

Casiano, ciego de ira, se incorporó:

—¡Estoy en mi casa y hago lo que me da la gana!

Miróle el chulo compasivo; luego, como si ante su flaqueza desdeñase debatir con él, zumbó con burla cruel:

—¡Cuidadito, niño, que aquí no hay más amo que yo!

El repatriado crispó los puños. Se ahogaba. Con voz ronca comenzó.

—Usted...

Pero la andaluza habíase puesto prestamente en pie, y acercándose a su hijo deslizóle un duro en la mano, mientras murmuraba afectuosa:

—Hijo, por Dios, vete un rato por ahí, al café o al billar... Ya se le pasará... ¡Hazlo por mí!

Casiano sintió deseos de arrojarle la moneda al rostro y lanzarse sobre el intruso, sin medir la certeza de su derrota; pero otra vez fué cobarde; pensó en su miseria, y bajando la cabeza, salió.

Había anochecido. Las puertas estaban casi todas cerradas y sólo en

el estanco de la Casta y en dos o tres tabernas había luz. Por las calles, sumidas en las tinieblas, veíase poca gente, y esa rehuía su encuentro. En lo más alto de la calle Real, y recostándose sobre el cielo, pálido aún en Occidente, destacábase la altísima torre de la iglesia. El cielo estaba diáfano, tachonado de estrellas; hacía frío, un frío seco y duro; por la calzada bajaba un arroyo de agua negra, sucia y pestilente; en las aceras no se podía transitar, porque los pisadores, en grosera burla, depositaban sus detritus allí, *pa que resbalasen las señoras.* Al pasar ante algunos callejones sumidos en la obscuridad adivinábanse parejas en raras posturas que los juegos de luz y sombra encargában-

se de hacer monstruosas. De pronto la campana de la iglesia púsose a llamar al rosario, y Casiano, sin saber por qué, se encaminó allí.

Llegó. Así, vista de cerca, perdía la grandeza que a distancia, y por comparación con las casuchas que la rodeaban, tenía. Era a modo de enorme cocherón, feo y destartalado, sobre el que se erguía cuadrado, pesado, antiestético, el campanario. No tenia atrio y penetrábase en ella por un portón, que más tenía de entrada de cuadra, que de religioso recinto. Cruzóle él triste y hallóse en la iglesia. Olía a humedad y hacía frío; la nave central, inmensa, hallábase sumida en las tinieblas, y sólo en el altar mayor brillaba una lucecita ante el tabernáculo.

En una de las laterales, en la capilla del Cristo de la Agonía, había gente, y allí encaminóse. Unas cuantas viejas, arrodilladas o sentadas en el suelo, permanecían inmóviles, formando bultos confusos que esparcían un olor extraño, mezclas de ropas negras, de suciedad y de sacristía. Sobre la lobreguez del muro, alumbrado por la vacilante claridad de dos cirios, destacábase el Crucificado. Era una imagen envuelta en un supremo horror de agonía. Aquélla no era la divina agonía del Redentor, era una agonía humana, bañada de sudores de muerte y mancillada por atroces rebeldías de dolor. Sobre el madero, el cuerpo lívido, esquelético, se retorcía en un espasmo supremo, que combándole señalaba

los huesos, anudaba los tendones y deformaba la humana anatomía. Desmelenado, la cabellera caía sobre el rostro demacrado en que de los entreabiertos párpados se escapaba azulada claridad, y en que mientras la nariz se afilaba, de los labios cárdenos, delgadísimos, parecía salir un gemido. Y todo aquel cuerpo atrozmente torturado, se bañaba en sangre. Sangre goteaba de la frente, martirizada de espinas; sangre brotaba del costado hendido por la lanza; sangre de las llagas de las manos y de las crueles heridas de los pies.

Había comenzado el rosario. Oíase tenue, casi imperceptible, el principio de las oraciones que murmuraba el sacerdote y luego alzábanse el

monótono mosconeo de las viejas contestando. Casiano sentóse en un rincón y fijó los ojos en el Cristo. El run-run del rezo, la penumbra y su debilidad comenzaron a amodorrarle. Entonces parecióle que los labios del Crucificado se movían y creyó escuchar una voz lejana que le hablaba.

Eran unas palabras llenas de infinita resignación.

«¡Qué importa sufrir —decía la voz sobrehumana—; qué importa unos días de goce o padecimiento si la vida entera, cuando ha pasado, no es más que un segundo en la infinidad de los tiempos, que un grano de arena en el reloj de la inmensidad, que un relámpago en la profundidad de los Cielos! ¡Padecer!

La vida entera debe ser una imitación de mi Calvario. No protestes, no te irrites contra el pecado que veas en derredor, que el hombre más santo peca siete veces en el transcurso del día; perdona, perdona siempre. ¿Acaso no bebí yo en el cántaro de la Samaritana? ¿No dejé que la Magdalena ungiera mis pies de bálsamos preciosos? ¿Quién osara arrojar la primera piedra?»

La voz divina se apagaba. De la frente, del costado, de los pies y manos, brotaba la sangre, un manantial, un arroyo, un río, una catarata, un mar rojo e hirviente que lo cubría todo, que subía, subía y anegaba el mundo. Y en aquella marea de sangre nadaban cuerpos extraños, cosas monstruosas y de-

formes. Eran los cadáveres verdosos, purulentos, comidos de gusanos, que viera en los devastados campos de Cuba; y eran las negras obscenas y hediondas; y eran miembros mutilados, informes, de las tremendas carnicerías de las batallas, y los cuerpos delicados y quebradizos, amarillos como viejos marfiles, de las chinitas de los prostíbulos de la Habana; y eran la *Chipirona* y la *Corcita* y la fofa carnaza de la *Petronea,* y la ambigüedad equívoca del *Bonito;* y era su madre dolorosa y grotesca, ocultando bajo los afeites la atroz devastación de los años; y era, en fin, María del Rosario, enigmática y lasciva, María del Rosario convertida en un monstruo de la Apocalipsis que llevase en sí, con

el germen de lujuria, el germen de la podredumbre y de la muerte. Y toda aquella informe masa, pululaba en el hervir de la santa sangre del Redentor, se retorcía, chirriaba, se acoplaba en una contradanza monstruosa.

Despertó. Sus dientes entrechocaban y tenía frío. Alzóse, y lentamente salió. Ya en la calle se dirigió al Café de Cante.

III

—¡Anda, tú, don Nicanor, toca algo!

—¡Como no toque... la biblia!

—La Dolores se santiguó:

—¡Jesús y qué *malismamente hablao* eres!—Y conminadora.—Anda, sube al *tablao* y toca.

El gnomo se encogió de hombros:

—¡Que no me da la gana, *amos!*

La dueña, ante la insolencia de aquella rebeldía, perdió los estribos:

—¡Cochino! ¡jorobeta! ¡hambrón! ¡piojoso! ¡qué *roío* de miseria te ibas a ver si no fuese por mí!... Ahora

mismo vas a hacer lo que te mando, o...

El otro se insolentó:

—¡Ya la he dicho que no me da la real gana, está usté! Si quiere música se toca las narices de trompa que Dios la ha *dao pa* una serenata.

La señora se ahogaba de ira. Apenas acertó a silabear un «¡insolente!» Pero el *Golondrino,* que instalado en un rincón del café departía de la política con don Serapio, el dueño de la carnicería de la plaza, intervino en defensa de su coima:

—¡Cuidadito con la lengua!... ¡Anda, a tocar ahora mismo!

El enano estaba de rebeldías aquella noche:

—¡Ya he dicho que no me da la gana!

El chulo, sin perder la calma, acercóse lentamente a él y cogiéndole por las solapas interrogó:

—¿Vas a tocar, sí o no?

Exasperado el monstruo, empinóse en la punta de los pies y escupió al rostro del tahur una injuria:

—¡Cabrón!

Sonó un chasquido, y una bofetada formidable hizo caer al *tocaor* maltrecho por tierra; un puntapié hízole rodar luego. Al fin quedó inmóvil, encogido, tembloroso, cubriéndose el rostro con las manos para evitar nuevas agresiones.

El *Golondrino* ordenó:

—Anda, levántate y a tocar.

Obedeció la víctima, e incorporándose dirigióse al tablado. En sus ojos bizcos brillaba siniestra una

mirada de odio, y mientras sorbía las lágrimas, apretaba los puños convulsivamente. Ya arriba, e instalado en la alta silla, con el aspecto entre alucinante y cómico de un sapo colosal abrazado a una guitarra, comenzó a puntear un tango; la *Chipirona* y la *Corcita* tocaban palmas lentamente.

En el café no había casi nadie. Fuera de unos arrieros que había sentados a una mesa, sólo los de la casa. En un rincón, *Golondrino,* que de regreso de las justas represalias, proseguía la conversación comenzada:

—O ganamos las elecciones o aquí va a haber leña...

Formando un grupo, la Dolores, engalanada con su rica bata de seda

azul y su pañuelito de talle, bordado de flores polícromas, más un grupo de dalias en el moño, hallábanse rodeados de las *artistas;* en una mesa un poco aislados, María del Rosario y Casiano.

Pese al chubeski traído de Madrid, en la tienda hacía frío. Faltaba las nubes de humo que dejan los parroquianos, esa densidad de atmósfera, cargada de malsanos gérmenes por la aglomeración de gente, ese calor y esa pesadez que hace que en ciertos locales vivamos una existencia ficticia, algo así como una modorra de opio que torna en real la atroz convencionalidad de los rostros, de los vestidos y de los ademanes. Las bombillas eléctricas brillaban intensamente en la gracial transparencia

del aire, y a su claridad cruel, la devastación de la belleza crepuscular de la Dolores con el obligado cortejo de patas de gallo, arrugas, manchas, ojeras, etc., etc., tomaba contornos de caricatura, mientras los costurones de la *Corcita* vencían la piadosa careta de afeites, y los restos mal remozados de la *Petronea* se desmoronaban.

María del Rosario estaba guapa. Su belleza enigmática, hermética, belleza de símbolo o de abstracción, belleza que a un pintor moderno serviría para expresar la castidad, la lujuria o la muerte, iluminábase con una claridad interior. El rostro macilento en que ardían como dos lámparas votivas las pupilas negras, parecía desangrarse por la

cruel herida de los labios lascivos, y la cabellera endrina, florecida con la plebeya púrpura de los claveles, tendía su sombra sobre la frente.

Casiano aún más pálido, flaco y triste contemplábala silenciosamente.

Su vida se deslizaba hacia la tumba con el paso lento y vacilante de un viejo mendigo que se encaminase al santuario. Huyendo del desprecio de las gentes honradas, pasaba los días en el lecho, y sólo a la caida de la tarde decidíase a levantarse para bajar al café, y allí dejar correr las horas todas de la noche, tiritando en un rincón. En las tinieblas heladas de su alma sólo brillaba una luz de infierno. Quería a María del Rosario con un amor hecho de

lujuria ciega, feroz, inextinguible, como una sed maldita, y de odio; de odio por su juventud, por su salud, por su certeza de vivir, mientras él agonizaba; de odio que se transformaba en un deseo loco de mancharla, de contagiarla, de envenenar su sangre para ver aquella juventud triunfal convertida en inmundo estercolero.

Sufría mucho. A pesar de la acogida buena (aunque en ella hubiese más del frío de la caridad que del tibio regalo del cariño), sentíase extraño, lejano. Aquello no era su hogar, el nido que buscaba. Algunas veces tenía la sensación de hallarse aún en Cuba, en una de aquellas posadas de amor en que las chinitas ponían en sus mimos una gracia vi-

ciosa y suave, mientras las mulatas rugían de lujuria y bailaban absurdos danzones.

Su madre, la criatura pintarreada, frívola y liviana en que durante su ausencia se transformara su madre, rodeábale de ternura. Pero no era la noble ternura llena de santa resignación que vive en las madres. Era una ternura enfermiza, llena de transportes apasionados en que se sucedían sin motivo y sin transición, el amor más ciego y la repulsión mal encubierta. Era una ternura de prestíbulo que no estribaba en combatir sus males, ni en ejercer sobre él una vigilancia enérgica y tierna, sino en atiborrarla de golosinas y brebajes absurdos, en darle dinero y en comentar ante él cosas que el

recato y la decencia vedan de nombrar. Prodigiosamente asimilada a tal género de vida, parecía la andaluza no recordar pasados tiempos de señorío. Con una inconsciencia de pájaro pasaba la vida preocupada por mil estúpidas puerilidades, y la idea de la deshonra de la casa y de la muerte del hijo mezclábalas y confundíalas con chismes de vecindad, éxitos de establecimiento y exhibición de lazos y perifollos.

Las artistas, a su vez, no malas en el fondo, y tocadas de la misma ternura incongruente agravada por un inconsciente desdén de hembras bravías por el macho endeble y enfermizo que no podía cumplir los fines, para los que, según ellas, los hombres habían sido creados, ago-

biábanlo con mil atenciones mortales. El *Golondrino* guardábale una consideración desdeñosa. Sólo María del Rosario mostrábase despiadada con él, no ocultando la repugnancia que sus máculas le inspiraban.

Deseándola él ardientemente, no perdonándola quizás, ella, aquel deseo que antaño encendiera otro deseo en sus entrañas para dejarle luego abrasarse toda en él, permanecían frente a frente en una perpetua batalla de odio.

Por rara excepción, aquella noche parecía la muchacha más expansiva, alegre y decidora. Una nerviosidad inquieta hacíale reir sin motivo e inspirábale insólita verbosidad.

Eran las dos y media de la madru-

gada y no tenía la fiesta aspecto de animarse. En el escenario, el *Bonito* bailaba con gesto liviano de odalisca entre la indiferencia de la escasísima parroquia que, después de saludar su presencia con algunas injurias chabacanas, habían vuelto a su cansino conversar.

La *Petronea* bostezó por centésima vez, y no pudiendo resistir más encaróse con el ama:

—Me parece que lo que es ya... más valía de ir cerrando.

La Dolores explicó:

—Pero, mujer, ¿no sabes que vienen los de la Hondonada?

Instintivamente la bailaora se incorporó, y arreglóse un rizo, que con tanto cabecear se había descompuesto. Las otras también, al con-

juro mágico de aquel anuncio, sacudieron la modorra que comenzaba a invadirles y se acicalaron como brujas que en el aquelarre esperan la llegada del macho cabrío.

Al filo de las tres abrióse la puerta con gran estrépito de cristales y entraron en el local los huéspedes de la Hondonada. En primer término, don Ruperto Calzador, el rico ganadero, dueño de la finca. Era un tío bajo, gordo, apopléjico, con el rostro carnoso, redondo y afeitado, de color zanahoria estriado de venillas azules. Tenía los ojos grises, pequeños y abotargados, y los labios gruesos, amoratados y grasientos. Vestía traje de campo, chaquetón corto con coderas, polainas y zajones, y cubría su cabeza, com-

pletamente calva, con ancho fieltro. Era un bárbaro que tenía atemorizada a la comarca; liábase a bofetadas con los jayanes a la primera contradicción, emborrachábase hasta quedar como muerto y maltrataba a las hembras.

Seguíanle, ahora, el condesito de Tortosán, su sobrino, cazador y mujeriego; Gundemaro Fabrillín, un abogadillo pueblerino, encanijado y bilioso que soñaba con el Foro, el periodismo y la política, y que mientras llegaba la hora del triunfo roíase los codos de miseria, y el *Carmelito*.

Chalán, chulo y novillero, más que la apostura bárbara de los viejos toreros, tenía el *Carmelito* la gracia apasionada y melancólica de

un príncipe árabe perdido en las encrucijadas de Sevilla. Alto, enjuto, de porte elegante, el color moreno, tirando a cetrino, los labios finos, el pelo negro, y espeso, y en el fondo de las pupilas negrísimas una claridad intensa, una claridad *interior*, de ensueño o de pasión; era a la vez fuerte y airoso.

Las mujeres habían salido solícitas al encuentro de los recién llegados. María del Rosario habíase colgado al cuello del torero y le cubría el rostro de besos.

—¡Gitano! ¡Vida!

Sentáronse todos. Don Ruperto ordenó:

—¡A ver, prontito, unas botellas de Agustín Blázquez, que tengo prisa!

La Dolores, obsequiosa y hala-

güeña, creyóse en el caso de protestar:

—¡Jesús que *súpito!* ¡Con lo caro que se vende y ahora tanta prisa!

—¡Es que a las seis me voy a Madrid—explicó él.

Comenzaba la juerga. En el tablado la *Petronea* se agitaba epiléptica, se contorsionaba, se retorcía. Su respetable humanidad hacía crujir la endeble tarima amenazando hundirla, y al feroz repique de su taconeo los espejos temblaban, las botellas y copas del anaquel entrechocábanse y hasta el techo parecía venirse abajo. En la cruda claridad de los focos, los pechos, la barbilla, las caderas, todas aquellas adiposidades creadas por los años y los garbanzos, tembleaqueaban

entre el polícromo chisporretear de las lentejuelas, como un cuerpo hinchado de pus en que se cebase una nube de metálicos insectos.

La *Chipirona* había roto a cantar:

Tengo un gatito
muy rebonito,
que alza la cola
y dice, ¡miau! ¡miau!

Eran canciones disparatadas que no tenían más gracia ni más malicia que las que la cantadora quería darles.

Un pajarito me dijo un día
¡pío! ¡pío!
Y el muy bribón
¡pón! ¡pón!
Con el piquito, tan chiquitito,
me rascaba de la orejita
y el pabellón
¡pón! ¡pón!

Otras veces eran canciones trágicas en que se hablaba de la lujuria, de la podredumbre y de la muerte:

Comidito de gusanos
me tienes tú que mirar
....

O con un fervor apasionado, lleno de atroces desgarramientos de dolor, lloraba penas corrosivas.

Caminito del Calvario
iba el Señor con su cruz
....

Ahora era el *Bonito*, el que, con voz de falsete, imitaba cupletistas célebres, cantando en un francés macarrónico:

Quand je sort me promener
si un vieux me fait de l'eoil
....

Mientras María del Rosario y el torero, roto el hielo, entregábanse a locos transportes de ternura, en un rincón, Casiano crispaba los puños de ira. Una nube roja velaba las cosas, y un impulso criminal, un ansia loca de ver correr la sangre y sentir las manos bañadas en su tibia caricia enseñoreábase de él. Olvidaba su debilidad, sus males, la atroz catástrofe que había destruído su vida, todo, todo, para tan sólo vivir en la hoguera de un odio sanguinario hecho de ansias locas. ¡Ah! ¡el placer acre, vesánico, divino, de sentir palpitar entre las manos crispadas un cuerpo humano sacudido en espasmos de agonía!

Los juerguistas se iban. María

del Rosario, colgada del cuello del torero, imploró:

—¡Quédate tú esta noche!

Calzador les empujó uno sobre otro:

—¡Que aproveche!

Lívido, desencajado, los dedos rígidos, Casiano avanzó hacia ellos, y encarándose con el *Carmelito,* conminó:

—¡Si la tocas te mato!

El torero echóse a reir. Luego, como el otro diese un paso, de un empujón tiróle contra un velador.

Hubo un momento de confusión. La madre inclinada hacia él, ayudóle a levantarse mientras murmuraba reprochadora:

—¡Hijo, por Dios, déjale! ¡Lo que no has de comer!...

IV

—Mira, tú, *Bonito,* a ver si esa puerta está bien *cerrá*. ¡Ay, válgame Dios, que día estoy pasando! Usted, Cleto disimule... Ya se hará cargo...

—Sí, señora, sí... ¿*Golondrino* más tranquilo?

—Ahora parece que descansa.

—Más vale... Yo creo que de lo de la *puñalá* al administrador de la marquesa no se ha *enterao* nadie...; pero como además, hay lo de la urna rota, y la de San Cleofás ha

jurao que ella hace que descubran al *creminal!...*

—¡Dichosa política y dichosas elecciones!—suspiró la Dolores.

—¡Mucho que sí!... Luego como este año es tan malo... la sequía... la filoxera... Ya ve usted, señora ¡ni una gota de agua va caída en lo que llevamos de año! ¡Así están esos campos que da grima el verlos! Y hay miseria como nunca... Si mismamente parece que Dios, *pa* castigarnos, está enviando las plagas de Egipto...

La Dolores bajó la cabeza, como si ella y su café fuesen una de esas aberraciones dignas de las ciudades del Pentápolis que el Señor quisiera castigar. Para variar de rumbo interrogó:

—¿Pero no van a hacer nada? ¿Qué dice la gente?

—Pues ahí usté verá... Como el pueblo está *dividío* en bandos... pues los republicanos van y dicen que es cosa del obscurantismo, y los de la condesa, van y dicen que es castigo, y hay que hacer rogativas y procesiones y hasta hablan de sacar el Cristo de la Agonía, que desde el año del cólera no ha *pisao* (es un decir) la calle.

—¡Válgame Dios! ¡válgame Dios!

En aquel momento oyóse un gran jaleo de gritos, corridas, pedradas. Sonó un toque de atención, y luego, tras un segundo de silencio, una descarga cerrada, a la que siguió otro silencio más lúgubre y largo.

La *Chipirona*, la *Petronea* y la

Corcita prorrumpieron en alaridos de horror, como si las estuviesen desollando vivas. Ofrecían las prójimas un cuadro lamentable; no diré que llegasen en la nota trágica a las doncellas de Sagunto y Numancia, ni siquiera a las de Zaragoza; pero en fin... Sorprendidas en el muelle regalo del lecho, donde daban a sus cuerpos el merecido descanso de sus altas funciones, a medio vestir, desgreñadas, los rostros llenos de chafarrinones y los ojos pitañosos, apelotonábanse unas contra otras, chillaban como si se viesen amenazadas de horrendas violaciones.

En la lobreguez húmeda y fría del cocherón, con pretensiones de café, apenas se acertaban a distin-

guirse unos de otros, y aquellas sombras contribuían a agravar el horror del cuadro.

En un rincón la abuela devoraba toda clase de porquerías con gestos glotones de monstruo voraz, y cada vez que armábase algún estrépito, gruñía sordamente. De vez en cuando, el *Bonito*, malévolo y cruel, por entretenerse en algo, hacía ademán de arrebatarle la pitanza, y entonces ella prorrumpía en plañidos estridentes.

Y, por último, Casiano, perdido en la sombra, asistía con un estupor de moribundo al cuadro de desolación.

Restablecida en parte la calma la Dolores intentó reanudar el conversar con el visitante:

—¡Ay que añito!... ¡Y serán capaces de tener corrida de toros!

—¡Y el domingo de palmas nada menos!

La señora que, pese a todo, como española castiza era buena cristiana, se horrorizó:

—¡Pero eso es una herejía, un pecado mortal!

—¿Y qué quiere usted, señora?... ¡Pues bueno iba a ponerse el pueblo si quisiese prohibirle los toros! ¡Antes no comer!... ¡Y este año que tienen al *Carmelito*, un torero de verdad!... ¡Se armaba la revolución! Ya están poniendo los *tinglaos* en la plaza.

Otra vez la conversación decayó. Cleto, después de *cumplir*, sentía deseos de largarse a ver *cómo iban*

las elecciones, y la misma Dolores prefería quitar de en medio testigos. Al fin él se despidió:

—Vaya, que haya salud.

—Adiós, Cleto, y cuidado...

Abrieron el portón con grandes precauciones, y fuera ya el intruso, la andaluza sentóse fatigosamente:

—¡Ay, Jesús!

Otro estrépito llegó a sobresaltarles. Venía éste del interior de la casa. Un mueble que cae, un cacharro que se rompe, pasos inseguros, y en la puerta de la trastienda apareció el *Golondrino.* Venía a medio arreglar, sin cuello ni corbata, sin chaleco, vistiendo un chaquetón de pana y unos pantalones viejos. Tenía el rostro abotargado, los ojos turbios, soñolientos, y sobre las

greñas una gorra que sólo dejaba ver los tufos chulescos. Andaba vacilante, haciendo eses, y sin hablar a nadie encaminóse a la salida.

La Dolores cortóle el paso:

—¿Dónde vas?

—A la...

La grosería resonó en el silencio temeroso del cafetín. Ella, sin embargo, no se dió por vencida, y revistiéndose de afectuosa autoridad, que disimulaba mal su temor, ordenó, mientras intentaba colgarse de su cuello:

—Anda, anda *pa* la cama, que maldita la falta que estás tú haciendo en la calle.

El la rechazó brutal:

—¡Quita, zorra, o te rompo la cara!

Libre, momentáneamente, siguió hacia la puerta. Pero la andaluza, enloquecida, precipitóse, y abriéndose de brazos, obstruyó el camino.

El chulo acercóse a ella y bárbaramente intentó apartarla. Dolores, perdida toda la serenidad, se abrazó a él:

—¡No, por Dios, no!

Primero, quiso librarse suavemente de los brazos que le oprimían; luego, perdida la escasa paciencia, recurrió a la violencia. Con los puños cerrados golpeaba la cabeza, el pecho, el rostro de su barragana, ciego, exasperado, borracho de sadismo, mientras ella, despeinada, el cabello teñido azotándole las espaldas, las carnes fofas, tembleque an-

tes; llorosa, gemía grotesca y lamentable:

—¡No te vayas, por Dios, no te vayas!

El trataba siempre de desasirse. Sus pies, calzados de gruesos zapatones de campo, golpeaban las piernas de la desdichada; su puño cerrado caía sobre ella, haciendo crujir los huesos, mientras ella, desesperadamente se adhería a él.

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta:

—¡Abrir a la Guardia civil!

Dolores lanzó un grito:

—¡No, no!

Pero el tahur, con un violento esfuerzo, arrojóla al suelo donde quedó inmóvil, y dió un paso.

Como por arte de magia chirrió

un cerrojo, y la puerta abrióse de par en par. El *Golondrino* lanzóse contra la pareja que apareció en el umbral. Por un instante, en el cuadro de agresiva luminosidad, vióse una confusa masa que se agitaba epiléptica con sacudidas de lucha, en que lucían hórridos los charolados correajes y los vivos rojos de los uniformes de los civiles, y luego, como una cortina que cae sobre la crudeza de un cuadro catastrófico, las puertas tornáronse a cerrar dejando fuera al chulo y amenazando espachurrar entre sus hojas a la abuela, que había acudido a la querencia del sol.

La andaluza alzóse del suelo, y exasperada de dolor corrió hacia la puerta. La llave había desaparecido.

Con voz ahogada por la angustia y por la ira, interrogó:

—¿Quién ha abierto?

No contestó nadie. Al fin, don Nicanor, que acababa de aparecer sobre el tablado con la guitarra en la mano, dió su opinión:

—¡Como no haya *sío* la abuela!

Trágica, vengadora, Dolores corrió hacia ella:

—¡Tú! ¡tú! ¡Cochina! ¡Bruja! ¡Ladrona! ¡Alcahueta! ¡Ahora mismo te voy a matar, te voy a desollar viva, te voy a pisotear, a arrancar la piel, a echarte a los perros *pa* que te coman. ¡Puerca! ¡Ladrona! ¡Maldita!

La vieja, como una visión de aquelarre, corría dando saltos y lanzando gritos inarticulados. Esquelética,

los ojillos negros dilatados de espanto, doblada, cubierta de malolientes andrajos, las manos sarmentosas alzadas al cielo, pegaba extraños saltos de pajarraco a quien han arrancado las alas, y chillaba, chillaba con chillidos inarmónicos de cuervo.

Al fin Dolores logró alcanzarla, una de sus manos hundióse en las sucias greñas, mientras con la otra la tundía a golpes en un delirio de crueldad repulsiva.

La vieja, caída en el suelo, casi ahogada por la rodilla que se hundía en su pecho, aullaba con atroces discordancias.

Casiano, crispado de horror, cerraba los ojos y se tapaba las orejas con las manos.

V

Bajo el cielo añil, los muros blancos, recién enjalbegados por la fiesta, reverberaban. Sobre la albura cegadora, que al reflejo del sol hacía entornar los ojos, el ocre de los tablones discordaba violentamente, y sobre la bárbara violencia de los tres colores —añil, yeso y bermellón— era otra gama primitiva de matices—amarillo amaranto, verde rabioso, rojo sangre, azul prusia, morado, naranja, rosa, negro —. Eran, el grosero iris de la plebe amontonada, en atroz fermentar de

porquerías, en los tablones del tendido del sol; los polícromos parterres de los filipinos mantones de las taifas atalayados en la barrera; las manchas de color, más discretas al velarse tras los celajes de las mantillas, de la clase media, y, por fin, las floripondinas, plumas y lazos de los sombreros de las aristocráticas señoritas que lucían su garbo en los balcones del Ayuntamiento. Eran refajos polícromos que contrastaban con la blancura de las camisas de los patanes y los obscuros matices de sus toscos atavíos de paño o pana; polvorines que reventaban en chispazos rojos, verdes, anaranjados, azules y amarillos, en los pañuelos de las artesanas; chisporrotear de brillantes en las orejas de

las burguesas; pinceladas brutales que ponían una mata de claveles sangrientos entre lacios cabellos rubios, para lividecer más aún las cloróticas jetas de enharinadas señoritas.

Un griterío ensordecedor, el griterío de todas las plazas de toros agravado por la grosería pueblerina, un griterío hecho de injurias, de dicharachos, de amenazas, de blasfemias, de bárbaras chanzas, de elogios que eran insultos y brutalidades que eran alabanzas, alzábase del populacho. Un olor acre, insoportable, formado por las emanaciones de sudor, de vinazo, de comestibles inclasificables, de porquerías y de miseria, un olor a humanidad sucia, miserable y enfer-

ma, surgía a la par del vocerío y triunfaban sobre las esencias baratas de las prostitutas y los elegantes perfumes de las damas.

Pese a hallarse apenas en sus comienzos el mes de Abril, hacía un calor canicular. Un sol de justicia caía implacable sobre la multitud que, pese a la atroz sequía que, con la filoxera, asolaba los campos tornándolos en improductivo erial, y a una epidemia de tifus exantemático que tomaba incremento, diezmando la población, había acudido en masa al taurino festejo.

Aristocracia, mesocracia y pueblo apiñábanse en la improvisada plaza, y si la primera, instalada en los balcones de la Casa Consistorial, disimulaba su deseo de emociones

fuertes con remilgos y aspavientos, el pueblo inculto, prensado en gradas y tabloncillos o hacinado en los carros que cerraban las bocacalles, daba rienda suelta a su sed de sangre y de brutalidad.

En la delantera, la Dolores, con *las niñas*, lucía todo su boato en loca exhibición de pañuelos de Manila y orlas de brillantes. Pese a que el proceso del *Golondrino,* recluído ahora en la Cárcel Modelo de Madrid, iba mal, y pese también a que la enfermedad que minaba la vida de Casiano parecía dejar el paso cansino para precipitarse al galope hacia la muerte, la andaluza había creído conveniente su presencia allí. ¡Pues no faltaba más! ¡Qué otra cosa quisieran aquellas señoro-

nas, antiguas amigas suyas, que ahora, al pasar por delante de su casa se santiguaban como si viesen al mismísimo Satanás en persona que, conseguir encerrarla! ¡No las daría ella aquel gustazo! Ya que su presencia parecía ponerlas nerviosas y que hasta habían tenido la maldad de devolverle unas flores y unos cirios que envió al Santo Cristo de la Agonía, para implorar la absolución de su pobre amante, castigaría su orgullo con su presencia en todo público festejo, haciendo bueno el castizo dicho de que «no hay función sin tarasca». Además de todo, abandonados otros medios honestos de vida, no quedábale más fuente de ingresos que el café, y si no quería morir de hambre había de mirar

mucho por su prosperidad, y no era de lo que menos contribuía a ella aquellas exhibiciones del personal cargado de crespones bordados y preseas fabulosas. Así que, entreverando la faena con alguna lágrima ofrendada en holocausto del hijo agonizante, tal cual suspiro profundo en honor del ausente querido, y una oracioncilla de vez en cuando al Señor de la Agonía, había procedido escrupulosamente a su engalanamiento y al de sus huéspedas. Todo su arte y experiencia habíase ido en la combinación de joyas y colores; en primer lugar, su matronil arrogancia, sostenida por el andamiaje del corsé y revocada por la sabia mano de la peinadora, envolvíase en suntuoso pañuelo negro

florecido de enormes rosas chinas, mientras brillantes lucían en sus orejas y en sus dedos que no cesaban de agitar el abanico de nácar y raso. Ya acicalada ella procedió al atavío de las otras. Los cabellos de caoba de la *Corcita* rimaban a maravilla con el mantón azul cielo y los pendientes de turquesas, y si bien la *Chipirona,* con el rabioso amarillo de su chal, parecía más descolorida y sosa, la *Petronea,* en cambio, envuelta en los pliegues del Manila verde esmeralda, surgía remozada. Pero la que triunfaba con el triunfo casi trágico de una rosa de arrebol en un jardín de marchitos lirios y jazmines, era María del Rosario. Según Fernán, el poeta, venido con una pandilla de periodis-

tas madrileños para asistir al festejo, era una belleza de *ánima del Purgatorio,* una belleza de mujer que ardió toda en una llama de amor maldito. Envuelta en los pliegues de un mantón rojo, corales en las orejas, geranios rojos en el pelo de azabache, en la macilenta palidez del rostro sangraban los labios como una puñalada, mientras los ojos ardían en un fuego de pasión inextinguible. Toda ella ardía, se abrasaba, hacíase sutil y quemante como una lengua de fuego. Reconcentrada, lejana, seguía palpitante los episodios de la lidia.

En el ruedo, el espectáculo tenía la barbarie un poco irónica de algunas caricaturas taurinas. Sobre el suelo mal enarenado de la plaza, la

sangre de los caballos formaba obscuros surcos. En uno de los extremos dos pencos despanzurrados destacaban sus siluetas burlescas sobre un montón de estiércol mezclado con sangrientos despojos sobre los que zumbaban los moscones que brillaban como aladas gemas. Tras la puerta del pseudo corral aparecía enorme un picador montado sobre un rocín blanco, comido de costurones, de una talla y delgadez irrisorias. Bajo la presidencia, sobre los mal unidos tablones pintados de ocre, colgaban—rosa, malva, azul—los capotes de paseo estelados de lentejuelas que relucían al sol. Tras la barrera, algunos chulos con pañuelillos encarnados al cuello y tocadas las cabezas de clásicos cordo-

beses, alternaban con los aficionados del pueblo que, en la impunidad del refugio, azuzaban a la fiera agitando trapos o arrimábanle palos y pinchazos a su paso por allí.

El toro, parado ahora en medio del redondel, era un bicharraco flaco, malicioso y triste. Tenía una piel amarillenta que amenazaba romperse a cada paso para dejar libres los huesos, que se señalaban atrozmente, y dos cuernos enormes y puntiagudos. Cubierto de heridas por la torpeza de piqueros y peones, hililllos de sangre le corrían por el lomo.

En torno a él, sus verdugos, con más miedo que vergüenza, agitábanse vanamente, con gestos enormes de inutilidad notoria. Iban y

venían, daban vueltas en torno del bicho, echábanle los capotes, y al primer amago de arrancar, huían despavoridos, con brincos ridículos que alzaban tempestades de gritos y silbidos, acompañadas casi siempre de proyectiles, como naranjas, botellas, trozos de pan... Más que un símbolo de la fuerza, el valor y la arrogancia semejaban los desdichados lidiadores engendros del miedo, la debilidad y la miseria. Las calzas de seda, sucias y descoloridas, llenas de arrugas; las chaquetillas deshilachadas, aligeradas por el tiempo del peso de los bordados; las medias arrugadas, las camisolas sucias y las monteras de medio ganchete, encarnaban los más desmañados y antiestéticos fantoches imaginables.

Eran tres: *el Zancajos,* especie de Caballero de la Triste Figura, desmañado, montado sobre dos larguísimos alambres, con brazos de orangután, rematados por manos enormes; un cuello flaco e inacabable, en que sobresalía una nuez fenomenal; rostro triste, verdoso, mancillado por el triunfo de la nariz penduliforme, teñida de rojo. *El Verruga,* bajo, gordo, apucherado, con tripa y enorme trasero, que amenazaba a cada instante hacer estallar el pantalón, no tenía cuello, y su cabeza, pequeña y redonda, hundíase en la grasa; sudaba a mares, y pegaba unas carreritas ridículas, que hacían reir al público; y, por último, *Farolero,* un pobre viejo que arrastraba por los cosos pueblerinos los

restos de una vida de miserias y fracasos.

Y entre todos ellos, arrogante, lleno de bárbara majeza, alto, esbeltísimo en el moldeado de la purpúrea seda recamada de oro, el *Carmelito*. Su gracia espontánea de animal joven, ágil y fuerte, la serenidad sonriente de su rostro y el negro fulgurar de las pupilas, dominaban y enloquecían a la multitud, y si los lances de la capa hacían de cada hombre un entusiasta, el chisporrotear de los ojos y la elástica elegancia del torso, tornaban cada mujer en una enamorada.

Deslizábase la lidia monótona y aburrida; el pueblo, cansado de ver unas veces huir al toro y los toreros perseguirle, y otras cambiarse las

tornas, para huir ellos perseguidos por el bicho, entreteníase en insultar a los diestros y decir barbaridades a las mujeres. La llegada de la Dolores, seguida de sus pupilas, había provocado una revolución, en que el entusiasmo y la chunga estaban por partes iguales. No hubo burrada, grosería ni bestialidad que no les dijesen, entre grandes risotadas, y aun una vez instaladas, hicieron blanco de sus moños para disparar, entre afectuosos y malévolos, cáscaras de naranja y racimos de pasas.

Desdeñosa, indignada y complacida, la andaluza permanecía muy digna, poseída de su alta investidura. Al fin, la atención se distrajo de ellas.

El *Carmelito* había cogido los trastos de matar, y con estoque y muleta en la mano, después de un ligero saludo a la presidencia, dirigióse ante su novia, y parado allí, brindó:

—¡Brindo por las hembras bonitas, por los ojos negros y por los mantones *coloraos;* por los soldaditos de Cuba; por la madre que la parió y por la gloria de España!

Con una sacudida brusca, de la cabeza tiró la montera al suelo y fuése al toro. El bicho, *con más gramática que un catedrático,* estaba huído; pero el torero consiguió, en unos pases más emocionantes que correctos, cuadrarle, y juntando los pies, tiróse a matar. La espada rasgó las carnes en una trayectoria un

poco arbiliaria, y el toro, tras algunas vacilaciones, acabó por tumbarse.

Una ovación entusiasta, loca, alzóse de todos los lados de la plaza; los hombres, borrachos de vino y entusiasmo, palmoteaban, tirando a los pies del torero cigarros, sombreros, chaquetones...; las mujeres, por no ser menos, aplaudían, puestas en pie, y también arrojaban al vencedor pañuelos, flores, abanicos... Una heroica, le arrojó una liga; otra, el corsé.

Carmelito daba la vuelta al redondel, saludando sonriente, deseando llegar donde María del Rosario le esperaba erguida, el ramo de geranios en la mano.

Súbitamente, hízose un silencio

fatídico, y, luego, como si de improviso se hubiese cambiado el disco, a las aclamaciones de entusiasmo sucedió un plañido de horror supremo.

El toro habíase alzado, cuando parecía próximo a expirar, y arrancando súbitamente, como en aquel instante el espada se volviese para ver qué sucedía, habíale empitonado por el vientre, arrojándole a lo alto.

El cuerpo del diestro volteó como un pelele trágico, y luego cayó pesadamente al suelo, donde quedó inmóvil, el rostro lívido, los brazos en cruz y la desgarrada taleguilla empapada en sangre.

Un clamoreo de espanto, de lástima, de angustia, alzóse formidable. De improviso, la bailadora, trá-

gica, pálida como una muerta, toda envuelta en las llamas de su traje, hendió la multitud, y cruzando entre los sangrientos despojos que manchaban la plaza, arrojóse sobre el inanimado cuerpo de su amante:

—¡*Carmelito*, mi vida!

VI

A la vacilante luz de una lamparilla que ardía en un vaso de aceite, colocado sobre la cómoda, ante un cromo de Nuestra Señora de los Dolores, con el corazón atravesado por siete puñales, vió entrar a María del Rosario y deslizarse blanca y silenciosa hacia el lecho en que yacía el *Carmelito*. Débil corriente de aire hizo oscilar la miserable llama, y fué, en vaga sucesión de claro obscuros, un fantasmagórico temblor de siluetas confusas sobre la pared.

Hacía nueve días que permanecía

en el lecho, incapaz de moverse, sintiendo la mano helada de la muerte que tiraba suavemente de él. En el primer momento, su madre, y con ella las demás mujeres, acometidas de una de las intermitentes crisis de ternura, entregáronse a mil excesos, rodeándole de solícitos cuidados; después, al cabo de veinticuatro horas, requeridas por otras preocupaciones, entre las cuales no era la menor los preparativos del festejo taurino, abandonáronle a su suerte y apenas si recordaron su existencia para traerle de vez en cuando una taza de caldo o un vaso de leche.

Resignado a morir, Casiano veía correr las horas lentas. Algunas veces adormilábase, y entonces soña-

ba con posibles curaciones, con horas de redención y amor, pero pronto un esputo sangriento o la atroz sensación de ahogo que oprimía su pecho volvíale a la realidad. Y en el monótono rosario de las horas que se sucedían iguales, anonadadoras, llegaban hasta su lecho el redoblar de las campanas de la iglesia y los palmoteos y jipíos del café de cante.

Aquella tarde, un movimiento insólito despertóle de uno de sus pasajeros letargos, e incorporado en el lecho vió llegar el cuerpo del *Carmelito*, que depositaron en otra cama de la misma habitación.

María del Rosario, enloquecida por el dolor, creyendo perder para siempre a su amante, habíase empeñado en que lo llevaran a casa de la

Dolores, donde nada había de faltarle y ella misma podría prodigarle sus cuidados. Como con la presencia de tanto huésped la casa hacían pequeña y el cuarto que, en ausencia del *Golondrino,* destinara la andaluza a su hijo era amplio, bueno y con relativas comodidades, allí metieron al herido.

Desde el potro de tormento a que la debilidad, como fuerte ligadura, le ataba, presenció el repatriado la primera cura del intruso. Fué algo repulsivo e inquietante, que su imaginación enferma agrandaba hasta revestir proporciones de horrenda carnicería. Vió vendas ensangrentadas, palanganas llenas de agua sanguinolenta, instrumentos de cirugía de una ferocidad escalofrian-

te, algodones empapados en raras infusiones; olió aromas de desinfectantes y narcóticos, y oyó lamentos y quejidos. Por un momento pudo creerse en los hospitales de sangre de Cuba y añorar las horas siniestras en que agonizaba entre cadáveres. Algunas veces, en los azares de la cura, arrojaban sobre su lecho trapos manchados de sangre, y entonces era un temblor de angustia, una repulsión violentísima que le hacía encogerse, huyendo del contacto. Al fin, acabó la cura y los médicos salieron. La herida no era cosa mayor, y tan sólo la fiebre era temible. Y comenzó la noche, abrumadora, triste, larga como una eternidad. El herido dormía un sueño agitado por visiones de calentura, y

a ratos deliraba con palabras incongruentes, que evocaban confusamente imágenes obscenas.

Casiano, despierto, torturado por el perenne insomnio, cubríase la cabeza, tapábase los oídos con las manos calenturientas..., y, sin embargo, percibía frases truncadas, fragmentos en que se evocaba a la novia y a la madre como dos bestias livianas.

En la semipenumbra veía ahora a María del Rosario avanzar hacia la cama del herido; ya a su lado, detúvose, y sus ojos, llenos de ternura apasionada, contempláronle breve espacio. Luego sentóse en una silla colocada a la cabecera, y reclinando su divina cabellera sobre la almohada, junto a la sudorosa cabeza

del torero, permaneció inmóvil. Por algunos minutos oyóse la respiración ardorosa de él y la firme, rítmica, igual, de ella. Luego un débil gemido. El enfermo debía haberse despertado, por cuanto su voz tenue, desigual, anhelante, musitó:

—¡María del Rosario, nena!

Habló ella con voz húmeda de fervorosa ternura:

—¡Calla, nene! Si hablas, me voy.

Imploró él:

—¡No te vayas, nena!

—No me iré—ofreció la prójima—, pero has de estarte calladito, si no, me largo.

Hubo una pausa, en que los ojos debieron bañarse en los ojos, como un ideal frescor de un claro. Luego tornó a hablar él:

—¡Si supieses lo que te quiero, nena!

La voz femenina suspiró:

—¡Yo también te quiero!

—¡Pero te quiero yo más!—afirmó el torero exaltándose—. Te quiero... ¡No sé cómo te quiero!... Con un cariño que hace daño, que quema, que mata... ¡Ay, nena, nena, si tú supieses cómo te quiero!

La voz de la mujer, empapada en voluptuosidad, imploró:

—¡Calla, vida, gitano!

Calenturiento, prosiguió él:

—¡Si vieses cómo te quiero!... Te tengo metida en mi cuerpo, y no vivo sin ti. *Pa* mí no hay más boca que la tuya ni mas cuerpo que el tuyo, ni más sangre que tu sangre... Cuando no estoy a tu vera pienso

en ti, y por las noches, solo en la cama, me retuerzo y lloro pensando en tu cuerpo... ¡Nena, nena, yo estoy *condenao* y tú eres mi infierno y mi gloria y mi demonio y mi Dios!...

Ella gimió:

—¡Ay, negro mío!

Prosiguió:

—Mira: si siento estar *herío*, es por no poderte tener a mi arrimo, por no poder morder esos labios que saben amargos y dulces como las moritas del campo... Dame tu boca, mi nena.

Ella resistióse:

—¡No, por Dios, que te va a hacer daño!

—¡Más daño me hace este fuego que me quema! ¡Ay, nena, dame un beso, uno solo!

Juntaron los labios. Fué una caricia lúbrica y cruel en que los dientes entrechocaban; la mujer se retorcía como una poseída lanzando gritos débiles, inarticulados, mientras el herido gemía de dolor y voluptuosidad. Hízose otro silencio; luego el *Carmelito* suplicó:

—¡Otro beso, nena, otro beso!

Los labios tornaron a juntarse en un chasquido largo, largo; después las dos cabezas cayeron juntas sobre la almohada y permanecieron tronchadas, inmóviles.

Casiano, ciego de ira, sentía un furor sordo vibrar en sus nervios y correr por sus venas como una lava ardiente; sus manos esqueléticas, secas y ardorosas, crispábanse sobre las ropas del lecho; sus ojos

salíanse de las órbitas y un sudor de agonía corría por su frente.

Otra vez veía sangre, sangre por todas partes. Veíala ahora brotar del apuñalado corazón de la Dolorosa en hirviente catarata y subir, subir, cubrirlo todo, inundarlo todo, formar un lago, un mar... Y otra vez en el trágico océano flotaban cosas purulentas, lívidas, informes, que se acoplaban en extraños grupos, de los que poco a poco surgían parejas livianas agitadas en espasmos de lubricidad demoníaca. Y horrorizado reconocía a su madre y al *Golondrino;* a María del Rosario y *Carmelito;* la fofa decadencia de la *Chipirona;* la botijil gordura de la *Petronea;* la equívoca ambigüedad del *Bonito;*

la deformidad grotesca de don Nicanor...

Y la sangre subía, subía siempre; ahora la sentía en su garganta, glutinosa, ardiente, que le ahogaba, llenaba su boca y... no pudo más. Dejóse caer sobre las almohadas, mientras una bocanada de sangre teñía de rojo las sábanas del lecho y goteaba el suelo.

VII

Un nubarrón negro, enorme, preñado de amenazas, entoldaba el cielo, envolviendo en una sombra de cataclismo geológico el pueblo. En la luz cárdena avanzaba trágica la procesión del Santo Entierro. Como el día del Gólgota, parecía que el Universo entero agonizaba en una calma horrenda, peor que todas las borrascas. Un silencio agorero pesaba sobre las cosas, y en él, más siniestros, alzábase de vez en cuando el redoblar de las campanas que tocaban a muerto y los lúgubres cantos de los procesionantes.

Había el cortejo fúnebre dejado atrás las calles principales con sus balcones colgados de vistosos pañolones de Manila, colchas de damasco y cortinajes de terciopelo, sobre las que se inclinaban tocadas con mantilla de blonda las muchachas, e internándose por los barrios pobres, cruzaba ahora la calle de la Agonía. A las pretenciosas construcciones modernas en que los vaciados de yeso y los ladrillos pretendían parodiar aladinescos alcázares, a las colgaduras fastuosas, a las mujeres engalanadas de sedas y de encajes, a los ojos que flechaban y a las bocas que reían, había sucedido la sordidez miserable, sucia, repulsiva de los barrios pobres. Eran casuchas infectas, ruinosas, apoya-

das unas en otras como viejos lisiados, cubiertas de grietas y manchas de humedad. Sosteníanse mutuamente, hundíanse, sobresalían en bruscas rinconadas, dando a la calle una desigualdad de líneas, que obligaba al río humano a violentos zigzags. De sus ventanucos, sin cristales, cerrados por pesados maderos pintados de añil, colgaban trapos asquerosos, sucias colchas de percal, llenas de remiendos, manchas y desgarrones, o grotescos pingajos, que tenían todo el cruel sarcasmo de la miseria endomingada. Y asomadas a aquellas tribunas de la roña, agrupadas en los quicios de los lóbregos portalillos, prensándose en la calle, gentes famélicas, andrajosas, tristes y malolientes, con-

templaba con pasmada ansiedad el paso de las imágenes, estandartes y cofradías. Eran cabezas deformes que se enracimaban en una tensión violenta de los cuellos escuálidos; caras angulosas, enjutas, lívidas, demacradas, en que relucían ojos de carbunclo, y en que los labios crispábanse sobre los dientes con una mueca de animal ansioso. Eran mujerucas flacas y macilentas, que apretaban convulsivamente contra los senos exentos repulsivos chiquillos comidos de costras; viejas sarmentosas, temblequeantes, que parecían escapadas de un aquelarre; ancianos que recordaban los santos de Ribera, temblando de frío, a pesar del bochorno; mozos flacos y tristes, que parecían heridos de un

estupor rayano en la imbecilidad, y obreros siniestros, puercos, destrozados, con los rostros sin afeitar, y en los ojos chispazos de odio.

Por el centro de la vía, en que barro e inmundicia triunfaban de la arena y el follaje con que intentaran cubrirlas, avanzaba la religiosa caravana. Habían desfilado las cofradías. Primero la de la Virgen de la Soledad; en andas la imagen, con el rostro contristado, las manos cruzadas sobre el pecho y las espaldas cubiertas, un larguísimo manto de terciopelo negro, bordado de azabache, que arrastraba hasta el suelo. Dábanle guardia de honor las monjas de la Comunidad de la Agonía, envueltas en largos velos negros. El cortejo, con su Madre agobiada

de pena y las dos filas de enlutados fantasmas que caminaban silenciosas, con silentes pasos de ultratumba, producía una fúnebre sensación de espanto. Vinieron después las damas del Sagrado Corazón, presididas por la marquesa de San Cleofás, vestidas de seda, con el pecho adornado por la roja cinta, de la que pendía la medalla de oro. Y por fin, tras las Asociaciones, venían los pasos. El primero, de los Azotes. Eran unas enormes andas de talla, sobre las que se alzaban las figuras de madera, representando a Cristo atado a la columna, y unos feroces sayones azotándole con nudosas cuerdas. Ocho hombres, cubiertos con capuchones de lana morada, sostenían trabajosamente el gru-

po, de un realismo alucinante. Iban doblados, jadeantes; caída la capucha a la espalda, aparecían sus rostros cubiertos de sudor, con el pelo pegado a la frente y las mejillas pálidas. Rodeábanle los judíos y hombres del pueblo, pues tratábase de una cofradía popular. Al verles pasar, las mujeres lloraban compadeciendo al mártir, e insultaban a sus verdugos.

La procesión desfilaba ahora ante el café, que permanecía cerrado. Al pasar por el recinto de crimen y abominación, las gentes musitaban injurias y sordas imprecaciones, como si la existencia del antro fuese la causante de todos los males.

El redoble de las campanas y los cánticos sagrados despertaron a Ca-

siano del atroz sopor que desde aquella mañana le postrara en una modorra calenturienta, y abriendo los ojos, miró en derredor. El cuarto hallábase sumido en la penumbra; pero sus ojos, acostumbrándose poco a poco a la obscuridad, dejáronle percibir los objetos.

Reinaba en la habitación un desbarajuste espantoso. Por todas partes yacían tiradas ropas en desorden, botas, pedazos de tela, flores de papel, cacharros llenos de agua sucia... Sobre la cómoda, mezclados con imágenes de santos y botes de medicinas, había cajas de afeites, pringosas y rotas. En su lecho, *Carmelito* dormía con un sueño agitado, gimiendo de vez en cuando quedamente.

Casiano padecía una angustia terrible. Insoportable ardor abrasábale el pecho y garganta, y la sed, una sed inextinguible, constituía el más cruel de los tormentos para él.

A su vez el torero, presa de inquietud, se revolvía en la cama, y sus labios secos pidieron débilmente:

—¡Agua!

Como si fuese un conjuro, el repatriado vió avanzar silenciosa a María del Rosario. Dejó la muchacha la vela que traía en la mano sobre la cómoda y acercóse al herido, llevando un vaso con un brebaje calmante.

Parecía más alta, más pálida y más delgada así. Una bata de batista blanca dejaba adivinar el cuerpo,

casi andrógino, libre de la cárcel del corsé, y como siempre, entre la mata negra de la cabellera, florecían rojos geranios.

Casiano vióla deslizar un brazo desnudo, blanco y redondo por la espalda del herido, y ayudarle con mil delicadezas a incorporarse; después, ella misma acercó la copa a sus labios, y ordenó suavemente:

—¡Bebe!

Obedeció él ávidamente. Al concluir, respiró satisfecho, y la cogió una mano:

—¡Nena!

Trató ella de desasirse:

—¡No, no, déjame; por estas tonterías te pones peor!

No quiso soltar él, y con voz pro-

funda, turbada por secretos deseos, afirmó:

—Estoy peor cuando no te tengo a mi vera; pero en cuanto vienes tú, ya estoy bien.

La hembra, con no sé qué misterioso fuego en la voz, que desmentía el buen sentido de sus palabras, riñó, haciendo ademán de irse:

—¡Sí, sí, estás aviado! Me ha dicho el médico que poquito palique, porque se te *pué* enconar la herida.

El la aprisionó, incorporándose violentamente:

—¡No te escapes!

Ofreció María del Rosario:

—Volveré luego.

—¡No quiero que te vayas!... ¡Si te quieres ir, me echo de la cama!

Sentóse, al parecer, resignada, y

hubo una pausa silenciosa. Al fin oyóse la voz del herido, que temblaba en una súplica:

—¡Un beso, nena!

Cedió ella; después quiso incorporarse; pero él no la dejó.

—¡Nena, nena, vida! ¡Otro beso, otro!... ¡Te quiero, te quiero con toda mi alma!... ¡Ay, nena, mi vida!

Ella forcejeaba suavemente:

—¡Por Dios, nene, por Dios! ¡Déjame! ¡Mira que te matas!

La voz la traicionaba. Era una voz de entrega, una voz hecha de trémolos de deseo, de suspiros, de feroces ansias de voluptuosidad. Al fin vencióse, venciéndole a él, y dió un paso para huir. Pero el herido tiró las ropas y de un salto incorporóse.

Casiano, desde su lecho, vióle alzarse todo ensangrentado. Debían haberse abierto las heridas, por cuanto la sangre empapaba las ropas cubriéndolas de rojas manchas.

Había mientras, el torero, conseguido alcanzar a la fugitiva y aprisionarla entre sus brazos. Luchaban; ella, defendíase con nerviosas sacudidas en que, más que de él, parecía tratar de librarse de su propio deseo; forzador *Carmelito,* desplegaba una energía nerviosa extraordinaria y ambos formaban un grupo extraño; los cabellos de la hembra se habían destrenzado, y en los feroces vaivenes de la lucha, le azotaban las espaldas como irritadas sierpes; la camisa se rasgaba y en la semipenumbra surgía en un mi-

lagro de belleza el cuerpo de una blancura casi mortuoria. Al fin rodaron por tierra; ella, defendíase siempre retorciéndose epiléptica entre sus brazos, riendo y llorando, besando y mordiendo, mientras de sus labios brotaba incongruente un flujo de palabras temblorosas:

—¡No, no! ¡nene!... ¡vida!... ¡quita, que no te quiero!... ¡te odio!... ¡negro, negro, mi vida... ¡ay, gitano!... ¡golfo! ¡canalla!... ¡vida!

Las bocas se juntaron. Con las frases truncadas, mezclóse el chaschido de los besos y el entrechocar de los dientes. María del Rosario suspiraba y plañía a un tiempo frases de pasión, de amor y odio, gemidos, suspiros, escapábanse de su pecho; *Carmelito,* en el atroz des-

garre de sus heridas, que bañaban en sangre a la hembra, al fin suya, aullaba de sufrimiento en la voluptuosidad, y los dos enloquecidos, pasada la barrera que separa el placer del martirio, perdida toda noción de la vida, caminaban a las misteriosas cavernas en que, con los canes del pecado, viven los canes de la muerte.

¡La última injuria! Casiano, en el potro de tortura, agonizando ante el lúbrico espectáculo, sintió los odios que como manadas de hambrientos lobos desgarraban sus entrañas. La voluntad alzábase vengadora; la imaginación ofrecíale atroces suplicios para los traidores... ¡y no podía moverse! Al fin, en un esfuerzo inmenso en que con-

centró sus postreras energías, logró incorporarse, descender del lecho y ponerse en pie. Como un esqueleto, alto, huesudo, lívido, la cabeza puntiaguda manchada por las asqueantes peladas, la nariz comida, los ojos hundidos, las piernas flacas llenas de costras y el cuello de una delgadez irrisoria cercado de costurones, avanzó hacia el grupo impúdico que se revolcaba en el suelo. Dió un paso, dos, tres... De improviso sintió una opresión atroz que le ahogaba; los tizones que ardían en su pecho le subían a la garganta; sangre, una sangre hirviente y acre, llenóle la boca; tambaleandose, y súbitamente faltóle el suelo; un abismo de tinieblas abrióse ante él y cayó desplomado, muerto, sobre la

pareja, que palpitaba de cruel placer.

***

En lo alto de la calle surgió la Hermandad del Cristo de la Agonía. Venían delante los trabajadores, pálidos, demacrados, vestidos con remendados pantalones de pana y sucias camisas. No traían boina ni sombrero y muchos venían descalzos; del cuello de algunos colgaba gruesa soga y otros iban con los brazos en cruz. Era una tropa trágica, de caballeros de la miseria; sus rostros enjutos, sus ojos tristes y sus bocas crispadas, pregonaban el hambre; de sus ropas sórdidas, miserables, salía un hedor insopor-

table, un olor seco y ardiente de bestias feroces, de animales calenturientos. Detrás venían los penitentes, vestidos de negro, con grandes cirios en la mano, a cuya luz tenían la verdosa lividez de los caballeros que pintara el Greco en el entierro del conde de Orgaz. Por último, desfilaban los disciplinantes. Sombrío traje morado cubríales por completo el cuerpo, mientras alto y puntiagudo capirote tapaba la cabeza, dejando ver tan sólo los ojos de brasa. Blandían temibles disciplinas erizadas de pinchos, y en lúgubre atavio semejaban los sicarios del Santo Oficio que asistieran antaño a los Autos de Fe. Y destacándose sobre aquella alucinante muchedumbre, alzábase, clavada en el

madero, la imagen del Mártir. Era algo de un horror inenarrable, una agonía espantosa, en que el cuerpo marfileño, en los atroces retorcimientos de dolor, parecía dislocarse con una retorcedura absurda de todos los músculos. Las llagas de los pies y manos y la herida del costado parecían recientes y manaban un líquido rojo y espeso; del rostro, afilado por la muerte, bañado en sangre, los ojos se cerraban y los labios parecían implorar, mientras la melena, coronada de espinas, flotaba lacia como la cabellera de un ahogado.

El cortejo desfilaba lentamente en un silencio absoluto. De improviso, de un balcón surgió una saeta:

Señor del Divino Amor
que vas clavado en tu cruz,
Cristo, bendito Señor,
ampáranos con tu luz.

Otra respondió a lo lejos:

Mira, Señor, que morimos;
y asolados de hambre y sed
a Ti, Jesús, acudimos
buscando amparo en tu fe.

Y luego, otra:

Todo el pueblo en agonía,
sumido en triste dolor,
te imploran a Ti, noche y día,
Dulce Jesús, Redentor.

Una voz de mujer clamó, imploradora, con infinita angustia:

—¡Jesucristo, misericordia!

Un coro de mujerucas, plañió:

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

Otra voz, gimió:

—¡Ten compasión!

Y el coro, como un eco:

—¡Ten compasión! ¡Ten compasión!

Como si un viento de vesania hubiese pasado por la multitud azotada por el hambre y la enfermedad, pareció acometida de un extraño delirio. La mayoría había caído de rodillas sobre los puntiagudos guijarros y se golpeaba el pecho, implorando siempre:

—¡Misericordia! ¡Misericordia!

Otros alzaban hacia la imagen brazos que la parálisis había secado o la mostraban horrendas llagas; algunas viejas levantaban en sus brazos miserables criaturas devoradas por la fiebre, con los ojos rojizos, purulentos, y los pescuezos comidos

de escrófula. Un leproso salió al centro de la calle y arrojóse al suelo ante las andas. Desde aquel momento fué una pesadilla, algo monstruoso, horrendo, uno de esos fenómenos escalofriantes en que misteriosa locura parece haberse enseñoreado de la humanidad. Los hombres sacudíanse violentos golpes sobre el pecho, implorando siempre:

—Misericordia! ¡Misericordia!

Las mujeres se arrojaban al suelo, y arrastrándose sobre el barro, azotaban las piedras con la cabeza, se desgarraban el pecho, se mesaban los cabellos, y ensangrentadas, cubiertas de inmundicia, clamaban siempre:

—¡Ten compasión! ¡Ten compasión!

Los encapuchados dábanse terribles azotes con las disciplinas; los penitentes, arrastrados por la fiebre de martirio, abrasábanse los dedos con la llama de los cirios y lanzaban aullidos de dolor, que se perdían en el concierto de imploraciones:

— ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Ten compasión! ¡Ten compasión!

Desde el fondo del café de cante llegaba tenue, apagada por la distancia, la voz de la *Petronea,* que ensayaba:

¡Ay, que gusto me da mi niño
con su cáriño! ¡Ay!

Y el *Bonito* jaleaba:

—¡Ole!, ¡ole!, ¡ole!

EL CASO CLÍNICO

La novela de este título, que forma el tomo I de la «COLECCIÓN LLAMARADA. *(Novelas de la Pasión)*», ha constituído uno de los éxitos más formidables de estos últimos tiempos. Claro que el libro de ANTONIO DE HOYOS Y VINENT, ni por la audacia del asunto, ni por la violencia insólita de la forma, podía pasar desapercibido ni deslizarse entre los fáciles éxitos de las producciones corrientes.

Tremendas polémicas alzó la aparición de la obra cuando publicóse por primera vez. No ya cuestión de estéti-

ca, sino de principios, fué considerada. Durante unos días esta narración, digna de la pluma de un Mirbeau, apasionó a todos. En su segunda aparición, ya en el terreno puro de las obras de arte y precedida de un prólogo del eminente doctor Simarro, gloria de la Ciencia española, el éxito ha superado tal vez al anterior, constituyendo uno de los libros más fuertes, valientes y relevantes de la literatura actual, un verdadero *libro cumbre,* capaz de consagrar para siempre a su autor.

Pedidos a «Hispania», Cid, 4.—Madrid.

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

	Pesetas
Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º........	7,50
Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas..................	7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º..................	3,00
La Leyenda Dorada, (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen..........................	3,00

Pesetas

SECCIÓN GENERAL

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa	3,00
Como buitres..., por Manuel Linares Rivas	3,00
La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas	3,50
Obras completas, por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: *La Cizaña*, *Aire de fuera*, *Porque sí*.—Tomo II: *El abolengo*, *María Victoria*, *Lo posible*.—Tomo III: *La estirpe de Júpiter*, *Cuando ellas quieren...*, *En cuarto creciente*.—Tomo IV: *La divina palabra*, *Bodas de plata*.—Tomo V: *Añoranzas*, *El ídolo*, *Clavito*, cada tomo	3,50
Tapices viejos, por Eduardo Marquina	3,50
Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)	3,00
Coplas, por Luis de Tapia	2,50
Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz	4,00
La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés	5,00
La Negra, por Pedro de Répide	1,00
El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent	1,00
La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas	3,00
Barrio Latino, por Federico García Sanchíz	3,00

	Pesetas
La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas	3,50
La guerra palpitante	3,00
Una mancha de sangre, por Joaquín Belda	1,50
El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,00
La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes	3,00
Mi Venus, por Joaquín Dicenta	1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas	3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen	2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois	3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois	1,50
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa	3,50
El paraíso de los solteros, por Andrés González-Blanco	1,00
Al son de la guitarra, por Federico García Sanchíz	2,00
Toninadas, por Manuel Linares Rivas	3,50
Una vida ejemplar, por Diego San José	1,50
La enemiga, por Darío Nicodemi	3,50
El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent	1,00
En camisa rosa, por Felipe Trigo	3,50
El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero	3,50
Al margen de la vida, por Baldomero Argente	2,00
Rosalía Castro, por Augusto González Besada	2,50

	Pesetas
Más chulo que un ocho (segunda edición), por Joaquín Belda	1,00
Los cascabeles de Madama Locura, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,50
Los Lázaros, por Abel Botelho	3,50
Las noches del Botánico, por Joaquín Belda	2,00
Como hormigas..., por Manuel Linares Rivas	3,50
El caso clínico, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95
Jesús que vuelve, por Ángel Guimerá	3,50
La mujer española, por S. y J. Álvarez Quintero	1,00
La Procesión del Santo Entierro, por Antonio de Hoyos y Vinent	0,95



